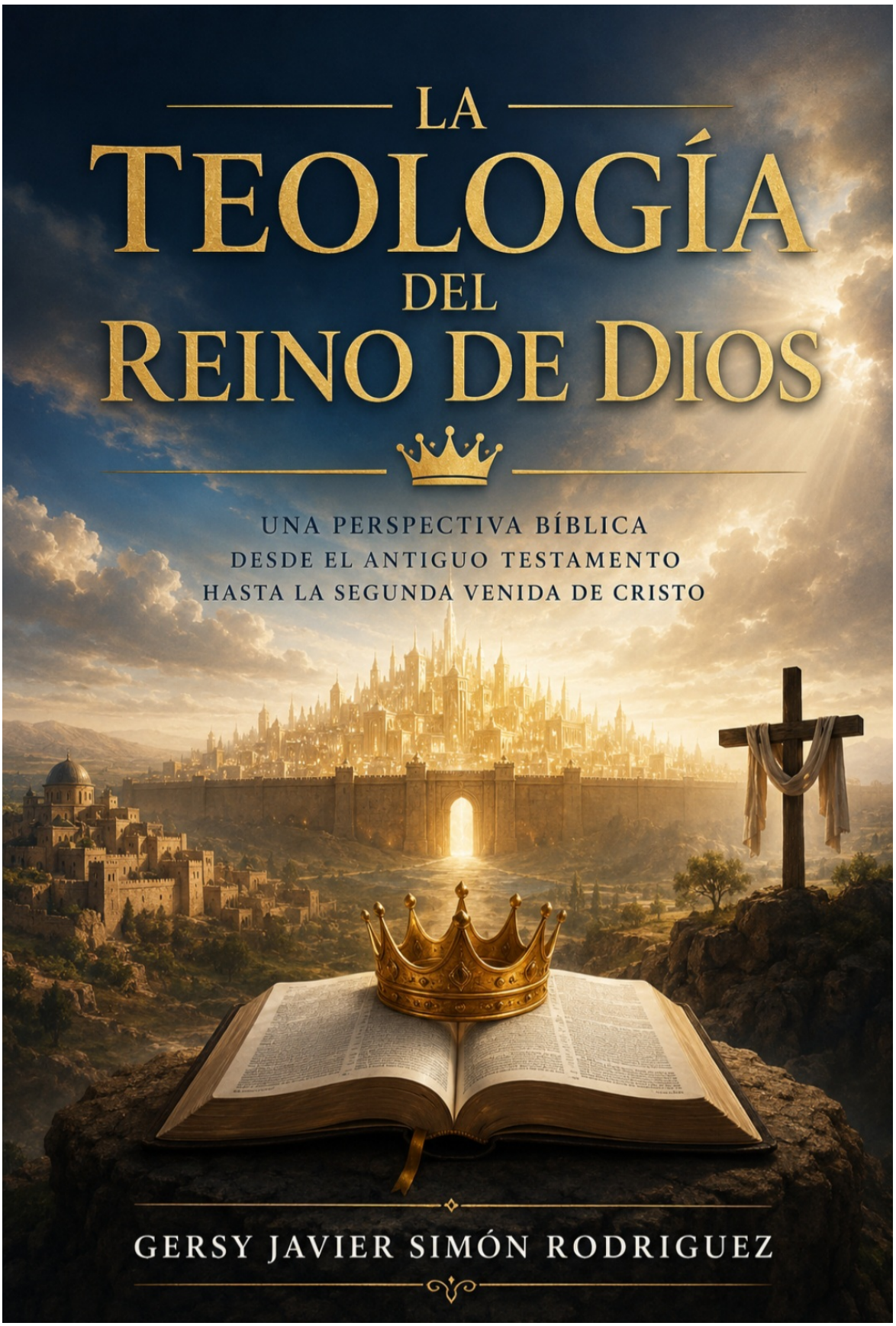
LA
TEOLOGÍA
DEL
REINO DE DIOS
UNA PERSPECTIVA BÍBLICA
DESDE EL ANTIGUO TESTAMENTO
HASTA LA SEGUNDA VENIDA DE CRISTO
GERSY JAVIER SIMÓN RODRIGUEZ

©2026

[Gersy Javier Simón Rodriguez]

Todos los derechos reservados.

Este libro está protegido por las leyes internacionales de derechos de autor. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida, almacenada en un sistema de recuperación ni transmitida, en ninguna forma ni por ningún medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro— sin el permiso previo y por escrito del autor, salvo breves citas con fines académicos, críticos o educativos, debidamente referenciadas.

Las citas bíblicas utilizadas en esta obra han sido tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960, salvo indicación contraria. El autor asume la responsabilidad por el énfasis exegético, histórico y teológico de las interpretaciones aquí presentadas.

Este libro ha sido escrito con fines de estudio, enseñanza e investigación teológica. Su contenido puede ser utilizado en contextos académicos, seminarios teológicos y espacios de formación cristiana, siempre que se respete la integridad del texto y se otorgue el debido crédito al autor.

Publicado de manera independiente.

Edición digital: Amazon Kindle

Primera edición: 2026

País de publicación: Cuba

ÍNDICE

Introducción

Prólogo

Capítulo metodológico

Capítulo 1: El Reino de Dios en el Antiguo Testamento

Capítulo 2:Jesucristo y la inauguración del Reino de Dios

Capítulo 3: La Cruz, la Resurrección y la Entronización del Rey

Capítulo 4: La expansión del Reino y la misión de la Iglesia

Capítulo 5: Las profecías del Reino (Habacuc, Isaías y las parábolas).

Capítulo 6: Israel y el Reino

Capítulo 7: El Reino consumado y la Segunda Venida

Conclusión general

Epílogo pastoral

Apéndice I: El principio del cumplimiento en Cristo

Apéndice II: El principio del cumplimiento en Cristo

Apéndice III: El Reino de Dios y el milenio de Apocalipsis 20

Apéndice IV: El uso del Antiguo Testamento en el Nuevo Testamento

Apéndice V: Respuestas a las principales objeciones

Apéndice VI: Diálogo con las principales posiciones escatológicas

Bibliografía.

Sobre el autor

DEDICATORIA

A mi Señor y Salvador Jesucristo, el Rey eterno, quien me alcanzó por su gracia, transformó mi vida y me permitió contemplar la grandeza de su Reino revelado en las Sagradas Escrituras. A Él pertenece toda gloria, porque de Él, por Él y para Él son todas las cosas.

A la Iglesia de Cristo, mi familia espiritual, que permanece esperando con esperanza la manifestación plena del Reino de Dios. Que estas páginas sirvan para fortalecer la fe, animar a la perseverancia y dirigir nuestra mirada al Rey que ya reina y que volverá en gloria.

A todos aquellos que tienen hambre y sed de conocer más profundamente las riquezas de la Palabra de Dios. Mi deseo es que este libro no sea simplemente un estudio sobre el Reino, sino una invitación a contemplar la majestad de Cristo, vivir bajo su señorío y esperar con gozo la consumación de su Reino eterno.

Con gratitud y humildad, reconozco que todo lo recibido proviene de la gracia de Dios.

Soli Deo Gloria.

AGRADECIMIENTOS

A Dios, Padre eterno, sea toda la gloria, la honra y la alabanza.

Le agradezco por su infinita misericordia, porque en su gracia me permitió conocer a Jesucristo, el Rey de gloria, y contemplar la grandeza de su Reino revelado en las Escrituras.

A Él agradezco la oportunidad de estudiar, meditar y escribir estas páginas; porque toda sabiduría, entendimiento y capacidad provienen de su mano. Si este libro puede aportar algo a la edificación de su Iglesia, es únicamente porque Él ha obrado primero en mí por medio de su Espíritu Santo.

Doy gracias al Señor porque me permitió profundizar en la belleza del plan redentor revelado desde Génesis hasta Apocalipsis: un Reino establecido en Cristo, anunciado por los profetas, inaugurado mediante su primera venida y que será consumado cuando Él regrese en gloria.

Que estas páginas no exalten al hombre ni sus ideas, sino al Dios soberano que gobierna todas las cosas y al Cordero que fue inmolado y que ahora reina.

A Él pertenece todo el fruto de este trabajo.

Soli Deo Gloria.

INTRODUCCIÓN

La doctrina del Reino de Dios ocupa un lugar central en toda la revelación bíblica. Desde el mandato dado a Adán en el huerto del Edén hasta la visión de la Nueva Jerusalén en el libro de Apocalipsis, la Escritura presenta un único propósito divino: establecer su gobierno redentor sobre un pueblo que le adore y una creación plenamente restaurada. Sin embargo, pocas doctrinas han dado lugar a tantas interpretaciones diferentes como la del Reino de Dios. A lo largo de la historia de la Iglesia se han propuesto diversas explicaciones acerca del momento en que el Reino fue establecido, la forma en que se manifiesta en el presente y la manera en que alcanzará su consumación final. Estas diferencias no son meramente académicas. La comprensión del Reino influye profundamente en la interpretación de las profecías del Antiguo Testamento, en la lectura de los Evangelios, en la misión de la Iglesia y en la esperanza cristiana respecto al regreso de Jesucristo. Por ello, resulta indispensable volver a las Escrituras y permitir que ellas mismas definan el significado del Reino de Dios. El propósito de este libro no es defender una tradición teológica por sí misma, sino examinar el testimonio completo de la Biblia para descubrir cómo los autores inspirados entendieron el Reino de Dios y de qué manera el Nuevo Testamento interpreta y aplica las promesas del Antiguo Testamento. Nuestra convicción es que la mejor interpretación de una profecía no procede de las expectativas humanas, sino de la explicación que el propio Espíritu Santo ofrece por medio de Cristo y de sus apóstoles. El método seguido en esta obra parte del principio de que la Escritura interpreta la Escritura. Las promesas dadas a los patriarcas, el pacto con David y los anuncios de los profetas serán estudiados a la luz de su cumplimiento en Jesucristo. Por esta razón, el Nuevo Testamento ocupará un lugar determinante en la interpretación de los textos proféticos, no porque disminuya el valor del Antiguo Testamento, sino porque revela el significado pleno de aquello que había sido anunciado de manera anticipada. A lo largo de estas páginas sostendremos que el Reino de Dios fue inaugurado en la primera venida de Jesucristo mediante su ministerio, su muerte, su resurrección y su entronización a la diestra del Padre; que actualmente se extiende en el mundo por medio de la proclamación del evangelio y la obra del Espíritu Santo; y que alcanzará su consumación definitiva cuando Cristo regrese en gloria para juzgar a vivos y muertos, resucitar a su pueblo y establecer los cielos nuevos y la tierra nueva. Con este propósito, el libro ha sido organizado siguiendo el desarrollo progresivo de la historia de la redención. En la primera parte estudiaremos las promesas del Reino en el Antiguo Testamento y la expectativa del Rey-Mesías. En la segunda veremos cómo Jesucristo inaugura ese Reino mediante su ministerio, su obra redentora y su entronización, así como su expansión por medio de la Iglesia. Finalmente, examinaremos la consumación del Reino en la segunda venida de Cristo, la resurrección, el juicio final y la nueva creación. Mi deseo es que este estudio conduzca al lector a contemplar con mayor claridad la gloria de Jesucristo, el Rey prometido por los profetas, proclamado por los apóstoles y exaltado a la diestra del Padre. Él reina ahora sobre todas las cosas, sostiene a su Iglesia en medio de la historia y cumplirá perfectamente todas las promesas de Dios. A Él pertenece el Reino, el poder y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

PRÓLOGO

Pocas doctrinas son tan centrales en la Escritura y, al mismo tiempo, tan frecuentemente mal comprendidas como la doctrina del Reino de Dios. Desde las primeras páginas de la Biblia hasta la visión final de la Nueva Jerusalén, la historia de la redención gira alrededor del propósito de Dios de establecer su gobierno sobre un pueblo redimido para la gloria de su nombre. El Reino de Dios no es un tema secundario dentro de la revelación bíblica; constituye uno de sus ejes fundamentales. Cuando Jesucristo inició su ministerio público, su mensaje principal fue:

"El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio"(Marcos 1:15).

De igual manera, después de su resurrección continuó instruyendo a sus discípulos acerca del Reino de Dios (Hch. 1:3). Los apóstoles proclamaron ese mismo reino a judíos y gentiles, anunciando que Jesucristo había sido exaltado como Señor y Rey sobre todas las cosas. Sin embargo, a lo largo de la historia de la iglesia han surgido diferentes interpretaciones acerca de la naturaleza, el momento y el desarrollo de este reino. Algunos han entendido que el reino pertenece principalmente al futuro. Otros han considerado que el reino transformará progresivamente al mundo antes del regreso de Cristo. Otros sostienen que el reino fue inaugurado en la primera venida de Cristo, se encuentra actualmente presente en la historia y alcanzará su consumación definitiva en la nueva creación. El propósito de este libro no es comenzar defendiendo un sistema escatológico determinado. Más bien, nuestro objetivo será examinar cuidadosamente el testimonio de las Escrituras para descubrir cómo los profetas, Cristo y los apóstoles entendieron el Reino de Dios.

La pregunta fundamental que guiará a lo largo de estas páginas es sencilla:

¿Qué enseña la Biblia acerca del Reino de Dios y cómo se cumple en Jesucristo?

Para responderla seguiremos el desarrollo progresivo de la revelación bíblica. Comenzaremos examinando las promesas del Antiguo Testamento. Luego estudiaremos la venida del Mesías y la inauguración del reino. Después analizaremos el reinado presente de Cristo, la incorporación de las naciones al pueblo de Dios y, finalmente, la consumación futura del reino en los cielos nuevos y tierra nueva.

La tesis central de este libro puede resumirse de la siguiente manera:

El Reino de Dios fue inaugurado por Jesucristo en su primera venida, está siendo extendido actualmente mediante la proclamación del evangelio y la obra del Espíritu Santo, y alcanzará su consumación definitiva en la segunda venida de Cristo y la nueva creación.

Si esta tesis es correcta, entonces la historia no avanza hacia la incertidumbre ni hacia el fracaso. Avanza hacia el triunfo definitivo del Rey que murió, resucitó y fue exaltado a la diestra del Padre. **Ese Rey es Jesucristo.**

CAPÍTULO METODOLÓGICO

PRINCIPIOS HERMENÉUTICOS PARA EL ESTUDIO DEL REINO DE DIOS

¿CÓMO DEBE INTERPRETARSE LA DOCTRINA DEL REINO DE DIOS?

Toda investigación bíblica depende del método de interpretación que se emplee. Dos personas pueden leer los mismos pasajes y llegar a conclusiones muy diferentes porque parten de principios hermenéuticos distintos. Por esta razón, antes de examinar las promesas del Antiguo Testamento y su cumplimiento en Jesucristo, es necesario explicar los principios que guiarán este estudio. El propósito de este libro no es imponer un sistema teológico sobre las Escrituras, sino permitir que las Escrituras interpreten las Escrituras. Creemos que Dios reveló progresivamente su plan redentor y que la revelación posterior explica y desarrolla la anterior sin contradecirla. Por ello, nuestra interpretación del Reino de Dios estará gobernada por los siguientes principios.

LA ESCRITURA INTERPRETA LA ESCRITURA

La Biblia posee un único Autor divino y, por tanto, mantiene una perfecta unidad. Ningún pasaje debe interpretarse de manera aislada ni en contradicción con el resto de la revelación. Los textos más claros iluminan aquellos cuya interpretación resulta más difícil. Este principio será especialmente importante al estudiar las profecías mesiánicas y escatológicas, pues el Nuevo Testamento explica el significado de muchas promesas anunciadas en el Antiguo.

EL NUEVO TESTAMENTO INTERPRETA EL CUMPLIMIENTO DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Los profetas anunciaron acontecimientos que muchas veces contemplaban desde la distancia. Sin embargo, con la venida de Cristo, los apóstoles recibieron la revelación inspirada del cumplimiento de aquellas promesas. Por ello, cuando el Nuevo Testamento identifica a Jesucristo como el cumplimiento de una profecía, aceptamos esa interpretación como normativa. No buscamos un cumplimiento distinto o adicional cuando los autores inspirados ya han explicado su significado.

JESUCRISTO ES EL CENTRO DE TODA LA REVELACIÓN

Toda la Escritura conduce a Cristo. **Las promesas hechas a Abraham, el pacto con David, el sistema sacrificial, el templo, el sacerdocio y las instituciones del Antiguo Testamento encuentran en Él su cumplimiento definitivo. El Reino de Dios no puede comprenderse correctamente si se separa de la persona y la obra del Rey.**

LA REVELACIÓN BÍBLICA ES PROGRESIVA

Dios no reveló todo su propósito de una sola vez. Cada etapa de la historia de la redención

añade nueva luz sobre las promesas anteriores. Por ello, las profecías deben interpretarse considerando el desarrollo completo de la revelación y no únicamente su contexto inmediato.

EL REINO POSEE UNA DIMENSIÓN PRESENTE Y UNA DIMENSIÓN FUTURA

Las Escrituras muestran una tensión constante entre lo que ya ha sido inaugurado por Cristo y aquello que todavía espera su consumación. Jesucristo anunció que el Reino había llegado, expulsó demonios como evidencia de su presencia y, al mismo tiempo, enseñó a sus discípulos a esperar su manifestación gloriosa en el futuro. Este libro interpretará esa tensión como una característica esencial de la enseñanza bíblica acerca del Reino.

LA UNIDAD DEL PUEBLO DE DIOS

El plan redentor de Dios es uno. Las promesas realizadas a Abraham encuentran su cumplimiento en Cristo, y todos los que pertenecen a Cristo participan de esa herencia por medio de la fe. Por esta razón, el Reino de Dios será estudiado considerando la unidad del pueblo redimido a lo largo de toda la historia de la redención.

LA PRIORIDAD DEL CONTEXTO HISTÓRICO Y LITERARIO

Cada pasaje será estudiado atendiendo a su contexto inmediato, su género literario y su lugar dentro de la historia de la redención. Las figuras, símbolos y profecías serán interpretados respetando tanto su contexto original como la manera en que son utilizados por los autores del Nuevo Testamento.

LA ANALOGÍA DE LA FE

Ninguna doctrina debe edificarse sobre un único pasaje difícil. Las enseñanzas menos claras deben interpretarse a la luz de aquellas que la Escritura presenta de forma repetida y explícita. Este principio será especialmente importante al considerar los textos escatológicos y las visiones proféticas.

CONCLUSIÓN

Estos principios no pretenden reemplazar el estudio cuidadoso de cada pasaje, sino proporcionar el marco hermenéutico dentro del cual se desarrollará toda la investigación. A medida que avancemos por las páginas de este libro veremos que las promesas del Reino encuentran su unidad y su cumplimiento en la persona y la obra de Jesucristo. Él es el Rey anunciado por los profetas, proclamado por los apóstoles y exaltado a la diestra del Padre. Bajo estos principios examinaremos el testimonio de toda la Escritura para responder una pregunta fundamental: ¿cómo cumple Dios su Reino en Jesucristo?

¿POR QUÉ ESTE MÉTODO DE INTERPRETACIÓN?

Algunos lectores podrían preguntarse por qué este libro interpreta las promesas del Reino de Dios a la luz del Nuevo Testamento y no exclusivamente desde la perspectiva del Antiguo Testamento. **La respuesta es sencilla: porque ese fue el método empleado por Jesucristo y por los apóstoles. Después de su resurrección, el Señor explicó a sus discípulos que las Escrituras hablaban de Él y les mostró, comenzando desde Moisés y siguiendo por todos los profetas, lo que de Él decían las Escrituras (Lucas 24:27). Más adelante abrió su entendimiento para que comprendieran que era necesario que se cumplieran todas las cosas escritas acerca de Él en la Ley de Moisés, los Profetas y los Salmos (Lucas 24:44-45)**. De esta manera, Cristo enseñó que toda la revelación del Antiguo Testamento encuentra su unidad y su cumplimiento en su persona y en su obra **(cf Juan 5:39)**

Los apóstoles siguieron el mismo camino. Pedro interpretó el Salmo 110 como una profecía de la exaltación de Cristo (Hechos 2:29-36). Pablo identificó a Cristo como la descendencia prometida a Abraham (Gálatas 3:16), afirmó que las promesas de Dios encuentran en Él su "sí" y su "amén" (2 Corintios 1:20), y enseñó que la roca que acompañaba a Israel en el desierto era una figura de Cristo (1 Corintios 10:4). El autor de Hebreos mostró que el sacerdocio, los sacrificios, el tabernáculo y el reposo prometido señalaban hacia una realidad superior cumplida en Jesucristo. Asimismo, el apóstol Juan presentó al Cordero glorificado como el centro de la consumación de todas las promesas divinas.

Este patrón hermenéutico demuestra que el Nuevo Testamento no reemplaza al Antiguo ni contradice su mensaje; por el contrario, revela el significado pleno de aquello que había sido anunciado por los profetas. La revelación posterior no elimina la anterior, sino que la desarrolla y la lleva a su cumplimiento. Por esta razón, el presente estudio procurará seguir el mismo método. Cada promesa relacionada con el Reino será examinada primero en su contexto histórico y literario, pero también a la luz de la interpretación inspirada que ofrecen Cristo y los apóstoles. Creemos que esta es la forma más segura de comprender el propósito de Dios, pues evita que nuestras expectativas determinen el significado del texto y permite que sea la propia Escritura quien explique su mensaje. **El objetivo final de este método no es defender una escuela teológica determinada, sino escuchar la voz de Dios en toda la revelación bíblica.** Si los profetas anunciaron al Rey, si Cristo declaró que el Reino había llegado con su venida y si los apóstoles proclamaron su entronización y su gobierno presente, entonces debemos interpretar toda la doctrina del Reino de Dios siguiendo el mismo testimonio inspirado. Bajo esa convicción emprenderemos el estudio que sigue en las páginas de este libro.

CAPÍTULO 1

EL REINO DE DIOS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Para comprender correctamente la enseñanza bíblica acerca del Reino de Dios es necesario comenzar desde el principio de la historia de la redención. Con frecuencia se piensa que el Reino aparece por primera vez en los Evangelios cuando Jesús comienza a predicar. Sin embargo, la realidad es que el concepto del Reino de Dios recorre toda la Escritura desde Génesis hasta Apocalipsis. El Reino no surge repentinamente en el Nuevo Testamento. Más bien, constituye el desarrollo y cumplimiento de las promesas que Dios había revelado progresivamente a lo largo de la historia bíblica.

TESIS DEL CAPÍTULO

Este capítulo sostiene que el Reino de Dios prometido en el Antiguo Testamento no quedó pospuesto para un futuro exclusivamente terrenal, sino que comenzó a manifestarse con la primera venida de Jesucristo. Las promesas hechas a los patriarcas, desarrolladas en el pacto davídico y anunciadas por los profetas encuentran en Cristo su cumplimiento inicial, quien reina actualmente desde la diestra del Padre y extenderá su reino hasta la consumación final, cuando toda la creación será plenamente sometida a su autoridad. El Nuevo Testamento interpreta estas promesas a la luz de la obra redentora de Cristo, revelando la unidad del plan de Dios desde Génesis hasta Apocalipsis.

DIOS, EL REY DE LA CREACIÓN

La Biblia comienza presentando a Dios como el soberano absoluto de todas las cosas.

"En el principio creó Dios los cielos y la tierra" (Génesis 1:1).

El acto mismo de la creación manifiesta su autoridad real. Dios habla y los cielos aparecen. Dios ordena y los mares son establecidos. Dios decreta y la vida surge sobre la tierra. A diferencia de las naciones paganas que atribuían la creación a múltiples deidades en conflicto, la Escritura presenta un único Dios omnipotente que gobierna soberanamente sobre todo cuanto existe.

Desde el principio, la creación pertenece a Dios porque Él es su Creador. Por esta razón, el Reino de Dios no debe entenderse únicamente como un territorio geográfico ni como una institución política. En su sentido más amplio, el Reino se refiere al gobierno soberano de Dios sobre toda su creación. Los salmistas celebran esta realidad repetidamente:

"Jehová estableció en los cielos su trono, y su reino domina sobre todos" (Salmo 103:19).

Dios no llegó a ser Rey en algún momento de la historia. Él siempre ha sido Rey. Su autoridad no depende de ninguna criatura ni puede ser desafiada exitosamente por ninguna fuerza creada. Toda la historia bíblica se desarrolla bajo el gobierno soberano del Rey eterno.

EL REINO EN EL EDÉN

La creación del hombre constituye un aspecto particularmente importante dentro del propósito real de Dios. En **Génesis 1:26-28** Dios crea al ser humano a su imagen y semejanza y le otorga dominio sobre la tierra. Adán no fue creado para vivir independientemente de Dios. Fue creado para ejercer una administración delegada bajo la autoridad del Rey supremo. **En cierto sentido, Adán funcionaba como un representante real de Dios dentro de la creación.** Su tarea consistía en llenar la tierra, sojuzgarla y extender el orden establecido por Dios. El huerto de Edén no era simplemente un jardín hermoso. Era el lugar donde Dios habitaba en comunión con el hombre y desde donde debía extenderse el gobierno divino sobre toda la tierra. Por tanto, desde el comienzo encontramos los elementos fundamentales del Reino de Dios:

-Un Rey soberano.

-Un pueblo sometido a su autoridad.

-Y una creación sobre la cual se ejerce ese gobierno.

Sin embargo, la armonía original no permanecería intacta.

LA CAÍDA Y LA PROMESA DEL REDENTOR

La creación original estaba destinada a reflejar la gloria del Rey soberano, pero el hombre eligió rebelarse contra Dios. La caída de Adán y Eva introdujo el pecado en la creación, quebrantando la armonía original y afectando la relación entre el Creador, el hombre y la tierra **(Romanos 5:19; 3:23).** Sin embargo, incluso en medio del juicio por la desobediencia, Dios pronunció la primera promesa de redención:

"Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar" (Génesis 3:15).

Esta profecía, conocida como el protoevangelio, anuncia la venida de un Redentor que finalmente vencerá al mal. La simiente de la mujer es identificada en el Nuevo Testamento con Jesucristo, quien derrotará a Satanás y establecerá un reino eterno sobre la creación.

ABRAHAM Y LA BENDICIÓN DE LAS NACIONES

La promesa a Abraham constituye un punto clave en la teología del Reino de Dios:

"Y serán benditas en ti todas las familias de la tierra" (Génesis 12:3).

El Nuevo Testamento nos revela. Que Dios previendo la justificación por la fe en Cristo Jesús, (a todo el que creyere en él), prometió a Abraham que en él serían benditas todas las naciones (Gálatas 3:6-9).

Asimismo Dios también promete a Abraham, que a su simiente le daría la tierra:

"Y apareció Jehová a Abram, y le dijo: A tu simiente daré esta tierra. Y edificó allí un altar a Jehová, quien le había aparecido"(Génesis 12:7, N.V.I).

Y el Nuevo Testamento nos revela que la simiente de Abraham es Cristo:

"Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo"(Gálatas 3:16).

Y en Cristo nosotros también somos herederos de la promesa:

"Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa"(Gálatas 3:29)

"Porque no por la ley fue dada a Abraham o a su descendencia la promesa de que sería heredero del mundo, sino por la justicia de la fe" (Romanos 4:13)

Las promesas hechas a Abraham no permanecieron aisladas dentro de la historia de la redención. A medida que Dios fue revelando su propósito, dichas promesas recibieron un desarrollo progresivo mediante los pactos posteriores. Si Abraham recibió la promesa de una descendencia por medio de la cual serían benditas todas las naciones, el pacto con David reveló que esa descendencia sería también un Rey cuyo trono permanecería para siempre. De esta manera, la esperanza del Reino comenzó a concentrarse en la figura del Mesías davídico.

EL PACTO DAVÍDICO

El pacto que Dios estableció con David establece la base para la expectativa mesiánica:

"Y cuando tus días sean cumplidos, y duermas con tus padres, yo levantaré después de ti a uno de tu linaje, el cual procederá de tus entrañas, y afirmaré su reino. El edificará casa a mi nombre, y yo afirmaré para siempre el trono de su reino. Yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo. Y si él hiciere mal, yo le castigaré con vara de hombres, y con azotes de hijos de hombres; pero mi misericordia no se apartará de él como la aparté de Saúl, al cual quité de delante de ti. Y será afirmada tu casa y tu reino para siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable eternamente"(2 Samuel 7:12-16).

Aunque Salomón recibió un cumplimiento inicial de este pacto, las Escrituras dejan claro que este reino tiene un cumplimiento superior y definitivo en el Mesías prometido. **Cristo es el Rey eterno que hereda el trono de David y gobierna sobre todas las naciones.**

EXPECTATIVA DEL REY-MESÍAS

A partir de estos textos, los profetas desarrollan la expectativa de un Rey que no solo gobernará sobre Israel, sino sobre todas las naciones. Textos como Salmo 2 y Salmo 72 anuncian que este Rey ejercerá autoridad absoluta, protegerá a los débiles y extenderá bendición a todos los pueblos. Aunque el pacto davídico prometía un Rey eterno, la revelación del Antiguo Testamento continúa ampliando esa esperanza mediante los Salmos mesiánicos. Entre ellos, el Salmo 2 ocupa un lugar privilegiado porque presenta la entronización del Ungido de Jehová y anticipa el conflicto entre el Reino de Dios y la rebelión de las naciones. El Nuevo Testamento cita este salmo en repetidas ocasiones para demostrar que Jesucristo es ese Rey prometido.

EXÉGESIS DE SALMO 2

SALMO 2:1-2

"¿Por qué se amotinan las gentes,

y los pueblos piensan cosas vanas?

Se levantarán los reyes de la tierra,

y príncipes consultarán unidos

contra Jehová y contra su ungido."

El salmista comienza mostrando la rebelión de las naciones y de los gobernantes de la tierra contra Dios y contra su Ungido. En el contexto del Antiguo Testamento, las naciones representan a los pueblos paganos que viven en oposición al Dios verdadero. **El Nuevo Testamento interpreta este pasaje directamente en relación con Cristo. En Hechos 4:25-27, el apóstol Pedro, inspirado por el Espíritu Santo, aplica Salmo 2 a Jesús y declara que Herodes, Poncio Pilato, los gentiles y los principales de Israel se reunieron contra Cristo para cumplir aquello que Dios había determinado de antemano. Por lo tanto, la misma Escritura nos enseña que Salmo 2 tiene cumplimiento mesiánico en la pasión de Cristo. Los "reyes" y "príncipes" mencionados en el salmo encuentran un cumplimiento histórico en aquellos gobernantes y autoridades que conspiraron contra Jesús.**

SALMO 2:3-4

"Rompamos sus ligaduras,

y echemos de nosotros sus cuerdas.

El que mora en los cielos se reirá;

el Señor se burlará de ellos."

Las naciones desean liberarse del dominio de Dios y rechazan la autoridad de su Ungido. Esta rebelión se manifestó claramente cuando los líderes judíos y las autoridades romanas rechazaron a Cristo. Esto conecta con la parábola de los labradores malvados **(Mateo 21:33-46; Marcos 12:1-12; Lucas 20:9-19)**, donde los labradores, viendo al heredero, dicen:

"Este es el heredero; venid, matémosle, y apoderémonos de su heredad."

La humanidad caída no quiere someterse al Hijo, sino rechazar su autoridad. El Señor se ríe de ellos porque toda rebelión humana contra el propósito divino es inútil. Ningún hombre puede frustrar el decreto eterno de Dios. Este lenguaje también recuerda la idea presente en **Salmo 59:8:**

"Mas tú, Jehová, te reirás de ellos."

Aunque Salmo 59 surge del contexto histórico de David perseguido por sus enemigos, David

como rey ungido funciona tipológicamente apuntando a Cristo. Muchos salmos davídicos encuentran su cumplimiento más pleno en Jesús. Así, la oposición sufrida por David anticipa de manera tipológica la oposición que Cristo sufriría de parte de gobernantes y líderes rebeldes.

SALMO 2:5-6

"Luego hablará a ellos en su furor,

y los turbará con su ira.

Pero yo he puesto mi rey

sobre Sion, mi santo monte"

La rebelión de los hombres no impide que Dios establezca a su Rey. A pesar de que Cristo fue rechazado, humillado y crucificado, Dios lo exaltó mediante su resurrección y ascensión.

El cumplimiento principal de este pasaje se ve en la entronización de Cristo después de su obra redentora. Hebreos 1:3 declara que, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados, Cristo se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas. Asimismo, Apocalipsis 17:14 y 19:16 muestran a Cristo como “Rey de reyes y Señor de señores”. La exaltación de Cristo demuestra que el juicio humano contra Él fue inútil, **pues Dios mismo lo estableció como Rey soberano (Filipenses 2:8-11)**

SALMO 2:7-8

"Yo publicaré el decreto;

Jehová me ha dicho:

Mi hijo eres tú;

yo te engendré hoy.

Pídeme, y te daré por herencia las naciones,

y como posesión tuya los confines de la tierra."

Este decreto revela la relación única entre el Padre y el Hijo. Hebreos 1:5 aplica este texto a Cristo para demostrar que Él es superior a todos los ángeles y el apóstol Pablo inspirado por el Espíritu Santo aplica este pasaje a la resurrección de Jesús:

Y nosotros también os anunciamos el evangelio de aquella promesa hecha a nuestros padres, la cual Dios ha cumplido a los hijos de ellos, a nosotros, resucitando a Jesús; como está escrito también en el salmo segundo: Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy (Hechos 13:32-33).

Cristo es el Hijo eterno de Dios y heredero de todas las cosas (Hebreos 1:2). Las naciones le pertenecen por derecho divino. **Sin embargo, el texto no especifica que todas las naciones se**

someterán voluntariamente a Cristo durante esta era. El salmo declara su autoridad universal, pero no define aquí el momento exacto ni la manera completa en que todas las naciones serán sujetadas.

SALMO 2:9

"Los quebrantarás con vara de hierro;

como vasija de alfarero los desmenuzarás."

EL MESÍAS EJERCERÁ JUICIO SOBRE LAS NACIONES REBELDES.

Este lenguaje es retomado en Apocalipsis 2:25-27, donde Cristo promete a los vencedores que participarán de su autoridad sobre las naciones. También aparece en Apocalipsis 19:14-15, pasaje que describe claramente la segunda venida de Cristo en gloria y juicio. Allí Juan declara que Cristo herirá a las naciones y las gobernará con vara de hierro. Cristo reina actualmente desde el cielo, como enseña 1 Corintios 15:25, **pero su reinado presente se manifiesta principalmente mediante su soberanía divina y providencia sobre toda la creación.**

La Escritura enseña esta soberanía en textos como:

- Jeremías 10:23

- Proverbios 20:24

- Proverbios 21:1

- Daniel 2:21

- Daniel 4:35.

Cristo es actualmente soberano sobre los reyes de la tierra porque gobierna providencialmente todos los acontecimientos y dirige incluso el corazón de los gobernantes según su voluntad. Sin embargo, la manifestación plena de su gobierno con “vara de hierro” apunta al juicio escatológico y a la consumación definitiva de su reino. El lenguaje del juicio también conecta con Isaías 63:1-4, donde Dios pisa el lagar de su ira contra las naciones rebeldes.

SALMO 2:10-12

"Ahora, pues, oh reyes, sed prudentes;

admitid amonestación, jueces de la tierra.

Servid a Jehová con temor,

y alegraos con temblor.

Honrad al Hijo, para que no se enoje,

y perezcáis en el camino;

pues se inflama de pronto su ira.

Bienaventurados todos los que en él confían."

El salmista concluye con una advertencia dirigida a los reyes y gobernantes de la tierra. Son llamados al arrepentimiento y a someterse al Hijo antes del juicio. Sin embargo, el texto no afirma explícitamente que los reyes obedecerán esta exhortación durante la era presente. El salmo contiene un mandato y una advertencia, pero no una promesa explícita de conversión universal de los gobiernos del mundo antes de la consumación final. **Dios bien puede someterlos sin convertirlos porque a todo lo que quiere Dios inclina el corazón de los reyes (Proverbios 21:1).**

El pasaje enseña claramente:

- la rebelión de las naciones,

- la soberanía absoluta de Dios,

- la entronización del Mesías,

- y el juicio futuro sobre los rebeldes.

Cristo reina actualmente sobre todas las autoridades de la tierra, pero muchos continúan en rebelión contra Él hasta el día del juicio final. Por eso, el Salmo 2 no enseña necesariamente una sumisión política universal de las naciones durante esta era, sino la certeza absoluta de que Dios ha establecido a su Rey y que toda rebelión humana terminará finalmente bajo su juicio y dominio. Si el Salmo 2 enfatiza la autoridad absoluta del Mesías sobre las naciones y su victoria sobre los rebeldes, el Salmo 72 presenta otra dimensión igualmente importante de su reinado: la justicia, la misericordia y la bendición que caracterizan su gobierno. Ambos salmos no se contradicen, sino que se complementan al revelar distintos aspectos del mismo Rey prometido.

EXÉGESIS DE SALMO 72

CONTEXTO HISTÓRICO

El Salmo 72 fue escrito por David para su hijo Salomón, como lo indica la nota final del salmo:

"Aquí terminan las oraciones de David, hijo de Isaí" (Salmo 72:20).

Probablemente fue compuesto para la coronación de Salomón y expresa la oración de David para que su hijo gobernara con justicia, sabiduría y fidelidad al pacto de Dios. **Sin embargo, el alcance de las promesas y la magnitud del reino descrito en este salmo exceden lo que se cumplió en la vida de Salomón. Por esta razón, tanto la tradición judía como la interpretación cristiana han reconocido en él una dimensión mesiánica. Salomón aparece como el cumplimiento inmediato, pero también como una figura que anticipa al Rey definitivo prometido por Dios.**

ANÁLISIS DE SALMO 72:1–11

El salmo comienza describiendo un rey que gobierna con justicia y rectitud:

"Oh Dios, da tus juicios al rey, y tu justicia al hijo del rey" (v.1).

La primera preocupación de David no es el poder militar ni la prosperidad económica, sino que el rey gobierne conforme a la justicia de Dios. Como resultado, el pueblo disfruta de paz, estabilidad y bendición (v.2–7).

En su contexto histórico, esta oración encuentra un cumplimiento inicial en Salomón. Dios le concedió una sabiduría extraordinaria y su reino experimentó prosperidad y extensión territorial sin precedentes (1 Reyes 4:24–29). **Sin embargo, las expresiones utilizadas por el salmista van más allá de lo que ocurrió durante el reinado de Salomón.**

El versículo 8 declara:

"Dominará de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra".

Aunque el reino de Salomón alcanzó una notable extensión, nunca gobernó literalmente sobre toda la tierra. El lenguaje apunta a un dominio universal que trasciende las fronteras de Israel.

Asimismo, el versículo 11 afirma:

"Todos los reyes se postrarán delante de él; todas las naciones le servirán".

Ningún rey davídico recibió la adoración y sumisión de todas las naciones. Esto señala hacia un cumplimiento superior en el Mesías, cuyo reino abarca a pueblos, lenguas y naciones. Por tanto, Salomón constituye un cumplimiento parcial e inicial, mientras que Cristo es el cumplimiento pleno y definitivo de esta visión.

EL REY QUE DEFIENDE A LOS POBRES (SALMO 72:12–14)

Uno de los temas centrales del salmo es la compasión del rey hacia los débiles y necesitados.

El texto declara:

"Porque él librará al menesteroso que clamare, y al afligido que no tuviere quien le socorra"(v.12).

La grandeza de este rey no se manifiesta únicamente en la extensión de su dominio, sino en su amor por los vulnerables. **El rey del Salmo 72 protege al pobre, rescata al necesitado y considera preciosa la vida de los afligidos (v.12–14). Este aspecto encuentra su cumplimiento perfecto en Jesucristo. Durante su ministerio terrenal anunció:**

"El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres"(Lucas 4:18).

Cristo mostró continuamente misericordia hacia los marginados, enfermos, pecadores y quebrantados de corazón. Lo que el Salmo 72 presenta como el ideal de un rey justo encuentra en Jesús su máxima expresión.

LA BENDICIÓN PARA TODAS LAS NACIONES (SALMO 72:15–19)

La sección final del salmo amplía aún más el horizonte mesiánico. Particularmente importante es el versículo 17:

"Serán benditas en él todas las naciones; lo llamarán bienaventurado".

Estas palabras recuerdan directamente la promesa hecha a Abraham:

"Y serán benditas en ti todas las familias de la tierra" (Génesis 12:3).

La conexión es significativa. El rey descrito en el Salmo 72 no solo gobierna a Israel, sino que se convierte en el medio por el cual la bendición divina alcanza a todas las naciones. El Nuevo Testamento identifica claramente a Cristo como el cumplimiento de esta promesa. Mediante el evangelio, hombres y mujeres de toda tribu, lengua, pueblo y nación reciben las bendiciones del pacto de Dios (Gálatas 3:6-9). Por tanto, el reino descrito en el Salmo 72 no debe entenderse como un reino limitado a una sola nación, sino como un reino cuya influencia alcanza a todo el mundo mediante la obra redentora del Mesías.

APLICACIÓN MESIÁNICA: CRISTO COMO CUMPLIMIENTO DEFINITIVO

Todos los elementos principales del Salmo 72 encuentran su cumplimiento pleno en Jesucristo.

1. Cristo gobierna con justicia perfecta

Mientras que todos los reyes humanos fallan, Cristo reina con justicia absoluta. Él es el Rey santo, justo y verdadero.

2. Cristo protege a los débiles

El Mesías anunciado en el salmo rescata a los pobres y afligidos. Jesús manifestó esta realidad durante su ministerio y continúa haciéndolo como el Buen Pastor de su pueblo.

3. Cristo posee un reino universal

Las expresiones "de mar a mar" y "todos los reyes se postrarán delante de él" encuentran su cumplimiento en el señorío universal de Cristo.

Después de su resurrección declaró:

"Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra" (Mateo 28:18).

4. Cristo reina actualmente desde la diestra del Padre

Este cumplimiento no requiere necesariamente un reino político terrenal establecido en Jerusalén. La Escritura enseña que Cristo reina ahora desde la diestra del Padre. Dios dirige la historia y gobierna sobre las naciones mediante su providencia soberana (Proverbios 21:1; Daniel 2:21; 4:35).

Pablo afirma:

"Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies" (1 Corintios 15:25).

El verbo está en tiempo presente. Cristo no comenzará a reinar en el futuro; Cristo reina ahora y continuará reinando hasta la derrota final de todos sus enemigos. Su reino avanza mediante la proclamación del evangelio, la conversión de los pecadores y la extensión de su autoridad sobre todas las cosas.

LA PROMESA DAVÍDICA

La interpretación mesiánica del Salmo 72 se confirma por la promesa que Dios hizo a David. En 1 Crónicas 17:11–14 Dios prometió levantar un descendiente cuyo trono sería establecido para siempre. Salomón fue el cumplimiento inmediato de esa promesa, pero la naturaleza eterna del pacto apunta finalmente a Cristo.

Solo Jesús cumple plenamente las palabras:

"Afirmaré su trono eternamente".

Él es el Hijo de David por excelencia, el Rey eterno cuyo reino jamás tendrá fin.

CONCLUSIÓN

El Salmo 72 fue escrito originalmente para Salomón y refleja el ideal divino para el gobierno del rey de Israel. Sin embargo, la universalidad de su reino, la bendición para todas las naciones, la defensa perfecta de los pobres y la naturaleza extraordinaria de sus promesas muestran que el salmo trasciende a Salomón.

SALOMÓN FUNCIONA COMO UNA FIGURA PROFÉTICA QUE ANTICIPA AL MESÍAS PROMETIDO.

El cumplimiento pleno del Salmo 72 se encuentra en Jesucristo. Él es el Rey justo que gobierna con rectitud, el defensor de los pobres y afligidos, el descendiente prometido de David, aquel en quien son benditas todas las naciones y el soberano que reina actualmente desde la diestra del Padre. Como enseña 1 Corintios 15:25, Cristo reina ahora y continuará reinando hasta que todos sus enemigos sean puestos debajo de sus pies. Entonces el reino que hoy se extiende por toda la tierra será manifestado en toda su gloria en la consumación final. La esperanza del Reino no quedó limitada a los Salmos. Los profetas retomaron las promesas hechas a Abraham y David y las desarrollaron con mayor claridad. Isaías y Miqueas describen un reino cuya influencia alcanza a todas las naciones, donde Dios reúne a su pueblo y establece una paz que solo el Mesías puede producir. Sus profecías amplían la expectativa del Reino y preparan el camino para la interpretación que el Nuevo Testamento hará de la obra de Cristo.

ISAÍAS 2 Y EL REINO MESIÁNICO DE CRISTO

Isaías y Miqueas describen un futuro donde **"todas las naciones correrán al monte de Jehová"** y donde la justicia, la paz y la reconciliación caracterizarán el reinado del Mesías. Daniel anticipa

un reino que reemplazará a los imperios humanos y se extenderá hasta llenar toda la tierra.

Isaías profetizó durante un período contemporáneo al ministerio de Miqueas. Esto resulta significativo porque ambos profetas anunciaron prácticamente la misma profecía acerca del reino de Dios y su extensión entre las naciones.

Isaías declara:

"Lo que vio Isaías hijo de Amoz acerca de Judá y de Jerusalén. Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones. Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová. Y juzgará entre las naciones, y reprenderá a muchos pueblos; y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra."(Isaías 2:1-4).

Miqueas profetiza prácticamente la misma visión:

"Acontecerá en los postreros tiempos que el monte de la casa de Jehová será establecido por cabecera de montes, y más alto que los collados, y correrán a él los pueblos. Vendrán muchas naciones, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, y a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará en sus caminos, y andaremos por sus veredas; porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová. Y él juzgará entre muchos pueblos, y corregirá a naciones poderosas hasta muy lejos; y martillarán sus espadas para azadones, y sus lanzas para hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se ensayarán más para la guerra. Y se sentará cada uno debajo de su vid y debajo de su higuera, y no habrá quien los amedrente; porque la boca de Jehová de los ejércitos lo ha hablado."(Miqueas 4:1-4).

La profecía de Miqueas añade un detalle que no aparece en Isaías:

"Y se sentará cada uno debajo de su vid y debajo de su higuera."

Esta imagen reaparece en otra profecía mesiánica:

"Porque he aquí aquella piedra que puse delante de Josué; sobre esta única piedra hay siete ojos; he aquí yo grabaré su escultura, dice Jehová de los ejércitos, y quitaré el pecado de la tierra en un día. En aquel día, dice Jehová de los ejércitos, cada uno de vosotros convidará a su compañero, debajo de su vid y debajo de su higuera."(Zacarías 3:9-10).

La conexión es significativa. Tanto Miqueas como Zacarías utilizan la imagen de la vid y la higuera para describir un tiempo de paz, seguridad y bendición producido por la obra salvadora de Dios. Además, Zacarías vincula estas bendiciones con **una piedra que quitaría el pecado de la tierra en un día. El Nuevo Testamento identifica repetidamente esta figura de la piedra con Jesucristo.**

El apóstol Pedro escribe:

"Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa." (1 Pedro 2:4).

Y más adelante añade:

"He aquí, pongo en Sion la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa." (1 Pedro 2:6).

Pedro aplica directamente estas profecías a Cristo, identificándolo como la piedra escogida por Dios y fundamento de su pueblo.

Asimismo, el apóstol Pablo afirma:

"Y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo." (1 Corintios 10:4).

Por tanto, el Nuevo Testamento presenta de manera consistente a Cristo como la piedra o roca mesiánica anunciada en las Escrituras.

Esta identificación armoniza perfectamente con la declaración de Juan el Bautista:

"He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo." (Juan 1:29).

La piedra de Zacarías que quitaría el pecado de la tierra en un día encuentra su cumplimiento en Jesucristo y en su obra redentora consumada en la cruz.

Por consiguiente, existe una sólida base bíblica para relacionar las bendiciones anunciadas por Isaías y Miqueas con la obra redentora inaugurada por Cristo en su primera venida.

La propia profecía de Isaías apunta en esa dirección cuando declara:

"Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová."

Después de la muerte y resurrección de Cristo, el evangelio comenzó precisamente en Jerusalén. Jesús declaró:

"Y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén." (Lucas 24:47).

Asimismo dijo:

"Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra." (Hechos 1:8).

El día de Pentecostés marcó el inicio visible de este cumplimiento. Desde Jerusalén la palabra de Dios comenzó a extenderse a todas las naciones, tal como Isaías había anunciado.

Sin embargo, para comprender correctamente el significado del monte de Jehová debemos observar cómo la Escritura desarrolla progresivamente esta temática.

Daniel identifica a Jerusalén como el santo monte de Dios:

"Oh Señor, conforme a todos tus actos de justicia, apártese ahora tu ira y tu furor de sobre tu ciudad Jerusalén, tu santo monte." (Daniel 9:16).

Para Daniel, Jerusalén era el monte santo de Dios. Sin embargo, el Nuevo Testamento revela una realidad aún mayor.

El autor de Hebreos escribe:

"Sino que os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial." (Hebreos 12:22).

Obsérvese que el autor no dirige a los creyentes hacia una Jerusalén terrenal, sino hacia la Jerusalén celestial. Esto muestra que el monte de Sion anunciado por los profetas encuentra su cumplimiento en el reino mesiánico inaugurado por Cristo y en la comunidad de los redimidos reunidos en Él.

Las naciones acuden al monte de Jehová mediante la fe en Cristo y la predicación del evangelio, no mediante peregrinaciones físicas a una Jerusalén terrenal.

Esta realidad alcanzará finalmente su consumación gloriosa cuando se cumpla la visión de Juan:

"Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios." (Apocalipsis 21:2)

La Nueva Jerusalén representa la consumación final de aquello que los profetas anunciaron, que Cristo inauguró mediante su primera venida y que la Iglesia experimenta actualmente por la fe.

Por tanto, Isaías 2 no describe simplemente la exaltación geográfica de una ciudad terrenal. La profecía apunta al reino mesiánico establecido por Cristo. Desde Jerusalén salió el evangelio; las naciones comenzaron a ser incorporadas al pueblo de Dios; los creyentes han llegado a la Jerusalén celestial; y esta obra alcanzará su plenitud en la Nueva Jerusalén de los cielos nuevos y la tierra nueva.

De esta manera, Isaías 2, Miqueas 4, Zacarías 3, Daniel 9, 1 Pedro 2, 1 Corintios 10, Hebreos 12 y Apocalipsis 21 presentan una misma línea redentora. La Jerusalén histórica señalaba hacia una realidad mayor: el reino de Cristo, la Jerusalén celestial y la reunión de las naciones bajo el gobierno del Mesías. Lo que los profetas anunciaron comenzó a cumplirse en la primera venida de Cristo y alcanzará su consumación definitiva en la nueva creación. En este contexto, la venida de Cristo inaugura este Reino, cumpliendo las promesas del Antiguo Testamento y comenzando la historia de su expansión progresiva en la historia de la Iglesia.

Algunos intérpretes consideran que Isaías 2 describe exclusivamente un reino político futuro establecido en Jerusalén durante un milenio terrenal. Sin embargo, el propio Nuevo Testamento dirige la atención del creyente hacia el cumplimiento inaugurado en Cristo. El evangelio salió de Jerusalén, las naciones comenzaron a ser incorporadas al pueblo de Dios, los creyentes han llegado a la Jerusalén celestial y esperan la Nueva Jerusalén que descenderá del cielo en la consumación. Esto no niega el cumplimiento futuro y glorioso de la profecía, sino que reconoce que dicho cumplimiento ya ha comenzado con la primera venida del Mesías y alcanzará su plenitud en su regreso.

CONCLUSIÓN DEL CAPÍTULO.

El Antiguo Testamento presenta el Reino de Dios como una realidad que se desarrolla progresivamente a través de la historia de la redención. Desde la creación, pasando por la

promesa del Redentor, el llamamiento de Abraham, el pacto con David y las profecías mesiánicas, Dios fue revelando el propósito de establecer un reino eterno bajo el gobierno de su Hijo. El Nuevo Testamento identifica de manera consistente a Jesucristo como el cumplimiento de todas estas promesas. En Él convergen la simiente prometida, el Hijo de David, la piedra angular, el Rey ungido y el Salvador de las naciones. Así, el Reino esperado por los profetas no constituye un plan diferente al evangelio, sino la consumación del único propósito redentor de Dios revelado desde el principio. Sobre este fundamento será posible comprender cómo Jesús anunció, inauguró y explicó el Reino de Dios durante su ministerio terrenal, tema que desarrollaremos en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO 2

JESUCRISTO Y LA INAUGURACIÓN DEL REINO DE DIOS

Después de siglos de espera, el momento anunciado por los profetas finalmente llegó. Las promesas hechas a Abraham, las expectativas mesiánicas desarrolladas por David y los profetas, y la esperanza de un reino eterno convergen en la persona de Jesucristo. **Los evangelios presentan la venida de Cristo no simplemente como la llegada de un maestro, un profeta o un reformador religioso. Desde el comienzo lo presentan como el Rey prometido cuyo reino había sido anunciado durante siglos.** Por esta razón, cuando Jesús inicia su ministerio público, su mensaje principal no gira alrededor de asuntos políticos ni sociales. Su proclamación central es el Reino de Dios. Marcos resume así el comienzo de su ministerio:

"Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos y creed en el evangelio"(Marcos 1:14-15).

Estas palabras son fundamentales para comprender toda la enseñanza posterior de Cristo. **Jesús no anunció que el reino aparecería miles de años después. Tampoco afirmó que el reino pertenecía exclusivamente al futuro.**

Su declaración es clara:

"El tiempo se ha cumplido."

La larga espera profética había llegado a su punto culminante. Las promesas estaban entrando en cumplimiento. El Rey había llegado. El cumplimiento de las promesas mesiánicas. **Los evangelistas presentan continuamente a Jesús como el cumplimiento de las promesas del Antiguo Testamento.**

Mateo abre su evangelio demostrando que Jesús es hijo de Abraham e hijo de David (Mateo 1:1).

Esto no es un detalle accidental. Como hijo de Abraham, Jesús es aquel mediante quien serían bendecidas todas las familias de la tierra. Como hijo de David, Jesús es el heredero legítimo del trono eterno prometido por Dios. Asimismo, los relatos de la infancia muestran repetidamente el cumplimiento de las profecías mesiánicas.

Los magos preguntan:

"¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?" (Mateo 2:2).

Incluso antes de comenzar su ministerio público, Cristo es identificado como Rey. Su nacimiento marca el inicio de una nueva etapa en la historia de la redención.

JUAN EL BAUTISTA Y LA LLEGADA DEL REINO

Antes de la aparición pública de Jesús, Dios levantó a Juan el Bautista como precursor del Mesías.

Su mensaje fue:

"Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado" (Mateo 3:2).

Juan prepara al pueblo para la llegada inminente del Rey. No anuncia un reino distante. No habla de un reino reservado exclusivamente para generaciones futuras. Declara que el reino está cerca porque el Rey está a punto de manifestarse.

Cuando finalmente ve a Jesús, proclama:

"He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Juan 1:29).

De esta manera, Juan identifica correctamente la naturaleza del reino que Cristo viene a establecer. **El Mesías conquistará, pero primero conquistará mediante el sacrificio. Obtendrá la victoria, pero primero mediante la cruz. Recibirá la corona, pero primero llevará una corona de espinas.**

EL REINO EN MEDIO DE ELLOS

La enseñanza de Jesús acerca del Reino alcanza una de sus expresiones más claras cuando los fariseos le preguntan acerca del tiempo de su venida. El evangelista Lucas registra:

"Preguntado por los fariseos cuándo había de venir el reino de Dios, les respondió y dijo: El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: Helo aquí, o helo allí; porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros."(Lucas 17:20-21).

Los fariseos esperaban un reino que pudiera identificarse mediante señales políticas, militares o nacionales. Imaginaban la restauración visible de la gloria de Israel y la derrota de sus enemigos. Sin embargo, Jesús corrige esa expectativa. El Reino de Dios ya estaba presente en medio de ellos, aunque no de la manera que esperaban. La expresión "está entre vosotros" señala que el Reino había irrumpido en la historia porque el Rey mismo estaba presente. En la persona de Jesucristo, Dios estaba visitando a su pueblo, ejerciendo su autoridad, proclamando el evangelio, perdonando pecados, venciendo a los demonios y manifestando las obras del Reino. Allí donde Cristo ejercía su autoridad, el Reino de Dios se hacía presente. Esto no significa que el Reino hubiera alcanzado ya su manifestación definitiva. La consumación aún pertenecía al futuro. Sin embargo, la respuesta de Jesús demuestra que el Reino no debía entenderse únicamente como una realidad futura. Con la venida del Mesías, el gobierno redentor de Dios había comenzado a manifestarse en la historia de una manera nueva y decisiva, inaugurando el cumplimiento de las promesas anunciadas por los profetas.

EL REINO IRRUMPE EN LA HISTORIA

La llegada de Cristo representa una irrupción decisiva del reino de Dios en un mundo dominado por el pecado. **Por esta razón, durante su ministerio terrenal observamos continuamente señales visibles de la presencia del reino.**

-Los ciegos reciben la vista.

-Los sordos oyen.

-Los cojos andan.

-Los muertos resucitan.

-Los demonios son expulsados.

Estas obras no eran simples demostraciones de poder. Eran señales mesiánicas**. Cada milagro anunciaba que el Rey había llegado y que el reino estaba comenzando a restaurar lo que el pecado había destruido.** Cuando Juan el Bautista envió mensajeros preguntando si Jesús era realmente el Mesías prometido, Cristo respondió:

"Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados y a los pobres es anunciado el evangelio" (Mateo 11:5).

Con esta respuesta Jesús estaba apelando directamente a las profecías de Isaías. Las señales esperadas del reino mesiánico estaban ocurriendo delante de sus ojos.

LA DERROTA DEL REINO DE SATANÁS

Uno de los aspectos más importantes del ministerio de Cristo fue su confrontación con las fuerzas demoníacas. Los evangelios registran numerosos exorcismos realizados por Jesús. Esta realidad posee una profunda importancia teológica. **Desde la caída, Satanás había ejercido influencia sobre la humanidad rebelde. Sin embargo, con la llegada de Cristo comienza una invasión divina contra el reino de las tinieblas.**

Jesús declara:

"Pero si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios" (Mateo 12:28).

Esta afirmación es extraordinaria. **La expulsión de demonios demostraba que el reino ya había llegado.** No era simplemente una promesa futura. **Era una realidad presente. Cada demonio expulsado constituía una evidencia visible de que un Rey más poderoso había entrado en el campo de batalla.**

Cristo explica esta realidad mediante una ilustración:

"Nadie puede entrar en la casa de un hombre fuerte y saquear sus bienes, si primero no le ata" (Marcos 3:27).

El hombre fuerte representa a Satanás. Cristo es el más fuerte que ha venido para derrotarlo y rescatar a quienes estaban bajo su dominio. La llegada del reino implica la derrota progresiva del enemigo.

LA CONFESIÓN DE PEDRO Y LAS LLAVES DEL REINO

A medida que avanzaba el ministerio de Jesús, la identidad del Rey se hacía cada vez más evidente para sus discípulos. Cuando Jesús preguntó quién decían ellos que era, Simón Pedro respondió:

"Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente."(Mateo 16:16).

Esta confesión constituye un momento decisivo en los Evangelios. Pedro reconoce que Jesús es el Mesías prometido, el Rey esperado por Israel. En respuesta, Jesús declara:

"Sobre esta roca edificaré mi iglesia... y a ti te daré las llaves del reino de los cielos."(Mateo 16:18-19).

La mención de las llaves del Reino muestra la estrecha relación entre el Reino de Dios y la comunidad de los redimidos. Cristo comienza a reunir el pueblo del nuevo pacto y le confía la proclamación del evangelio, mediante el cual hombres y mujeres son llamados a entrar en su Reino. La Iglesia no reemplaza al Reino ni el Reino se reduce a la Iglesia; sin embargo, la Iglesia constituye la comunidad visible de aquellos que reconocen el señorío de Cristo y viven bajo su autoridad.

LA ENTRADA TRIUNFAL: EL REY PROMETIDO SE PRESENTA A SU PUEBLO

Poco antes de su pasión, Jesús realizó una entrada pública en Jerusalén que manifestó de manera explícita su identidad como el Rey prometido. Los Evangelios presentan este acontecimiento como el cumplimiento de la profecía de Zacarías:

"He aquí, tu Rey viene a ti, manso, y sentado sobre un asna."(Zacarías 9:9; Mateo 21:5).

La multitud lo recibió exclamando:

"¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!"(Mateo 21:9).

Con estas palabras reconocían en Jesús al descendiente de David anunciado por las Escrituras. Sin embargo, la forma en que Cristo se presentó contrastaba profundamente con las expectativas populares. No entró montado sobre un caballo de guerra, símbolo de conquista militar, sino sobre un asno, símbolo de humildad y paz. Jesús mostraba así que su Reino no sería establecido mediante la fuerza de las armas, sino mediante la obediencia al Padre y el sacrificio redentor que culminaría en la cruz. Sin embargo, la llegada del reino no produjo la respuesta que muchos esperaban. La mayoría de los judíos aguardaba un libertador político que expulsara a Roma y restaurara la independencia nacional de Israel. Pero Cristo vino para establecer un reino mucho más profundo. Su misión principal consistía en derrotar el pecado, reconciliar a los hombres con Dios y establecer un reino eterno. Por esta razón fue rechazado por muchos.

Juan resume esta tragedia con palabras solemnes:

"A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron"(Juan 1:11).

La incredulidad de gran parte de Israel no tomó a Dios por sorpresa. Los profetas la habían anticipado:

"¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová?"(Isaías 53:1):

"Pero a pesar de que había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él; para que se cumpliese la palabra del profeta Isaías, que dijo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor?"(Juan 12:37-38).

Y el mismo rechazo del Mesías se convertiría en el medio mediante el cual Dios llevaría salvación a las naciones.

EL CAMINO HACIA LA CRUZ

A medida que avanza el ministerio de Jesús, se hace evidente que la inauguración del reino no ocurrirá mediante una conquista militar.

-Ocurrirá mediante la cruz.

-El Rey conquistará muriendo.

-Vencerá siendo entregado.

-Triunfará mediante el sacrificio.

EL REINO DELANTE DE PILATO

Durante su juicio, Pilato interrogó a Jesús acerca de su condición de Rey. La respuesta del Señor constituye una de las declaraciones más importantes sobre la naturaleza de su Reino:

"Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían... pero mi reino no es de aquí."(Juan 18:36).

Con estas palabras, Jesús no negó la realidad de su Reino ni afirmó que este careciera de relación con el mundo. **Más bien, explicó que su Reino no tiene su origen en los poderes políticos ni se establece mediante la fuerza humana. Su autoridad procede del Padre y su gobierno avanza por medio de la verdad, la obra redentora y la proclamación del evangelio.**

Por eso, cuando Pilato le preguntó si era rey, Jesús respondió:

"Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad."(Juan 18:37).

Aun en medio de su humillación, Jesús no renunció a su dignidad real. El Rey prometido comparecía ante un gobernador romano, no como un derrotado, sino como Aquel que estaba llevando a cabo el plan eterno de Dios para establecer su Reino mediante su muerte y resurrección.

Lo que parecía una derrota absoluta se convertirá en la mayor victoria de la historia. Porque en la cruz Cristo derrotará al pecado; satisfará la justicia divina; obtendrá la redención de su pueblo y asegurará el establecimiento definitivo de su reino. Por esta razón, para comprender correctamente el Reino de Dios debemos mirar más allá de los milagros y las parábolas.

Debemos mirar hacia el Calvario. Allí el Rey obtiene la victoria que hará posible la expansión universal de su reino. Y desde allí comienza la siguiente gran etapa de la historia redentora: la muerte, resurrección y exaltación del Mesías. La llegada de Cristo inauguró verdaderamente el Reino de Dios, pero los Evangelios muestran que esta inauguración no significó su consumación inmediata. Aunque el Rey ya había venido y ejercía su autoridad sobre el pecado, la muerte y Satanás, la plenitud de su Reino aún esperaba su manifestación definitiva. Esta tensión entre una obra ya iniciada y una consumación futura será fundamental para comprender la enseñanza de Jesús acerca del Reino de Dios y será desarrollada en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO 3

LA CRUZ, LA RESURRECCIÓN Y LA ENTRONIZACIÓN DEL REY

El momento culminante del ministerio de Cristo no fue su predicación ni sus milagros, sino su muerte y resurrección. Allí se manifiesta plenamente el poder de su Reino. La cruz, lejos de ser un obstáculo para el Reino, constituye su punto de inflexión decisivo.

EL REINO INAUGURADO MEDIANTE LA VICTORIA DE LA CRUZ

En la cruz, Jesús despojó a los principados y potestades exhibiéndolos públicamente (Colosenses 2:15), y de esa forma destruyó al que tenía el imperio de la muerte: (este es el diablo)-(Hebreos 2:14). Y con su sacrificio perfecto en la Cruz Dios nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados (Colosenses 1:13-14).

LA EXALTACIÓN DEL REY DESPUÉS DE LA HUMILLACIÓN

La cruz no constituyó el final del ministerio del Mesías, sino el camino señalado por Dios hacia su exaltación. **El apóstol Pablo resume magistralmente esta verdad cuando escribe:**

"Y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre; para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre."(Filipenses 2:8-11).

La humillación voluntaria de Cristo fue seguida por su exaltación. El mismo Rey que fue coronado con espinas recibió del Padre el nombre sobre todo nombre y fue proclamado Señor universal. De esta manera, la cruz no representa una derrota del Reino, sino el medio por el cual Dios establece públicamente el señorío del Mesías sobre toda la creación.

LA RESURRECCIÓN: PRUEBA Y GARANTÍA DEL REINO

La resurrección de Cristo confirma que Dios acepta la obra del Mesías y establece su autoridad real:

"Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra" (Mateo 28:18).

La resurrección no solo asegura el perdón de los pecados; **también inaugura el reinado mesiánico**, demostrando que **Cristo tiene dominio sobre la muerte-(Apocalipsis 1:18)** y todos los poderes espirituales. **Desde este momento, su Reino está presente y activo, aunque todavía no consumado plenamente.**

LA ASCENSIÓN Y LA ENTRONIZACIÓN

Después de haber efectuado la purificación por nuestros pecados, Jesús se sentó a la diestra del Padre (Hebreos 1:3). La ascensión y la sesión a la diestra del Padre constituyen la manifestación pública y la investidura mesiánica del Hijo encarnado como Rey prometido. Aunque como Hijo eterno siempre compartió el dominio del Padre, ahora, como el Mesías resucitado, recibe oficialmente el reino prometido a la descendencia de David

- Coro de ángeles reconoce su autoridad.

- Se establece su gobierno sobre las naciones.

- Comienza la extensión progresiva del Reino mediante la Iglesia.

LA PREDICACIÓN APOSTÓLICA Y LA ENTRONIZACIÓN DEL MESÍAS

El día de Pentecostés, el apóstol Pedro explicó el significado de la resurrección y ascensión de Cristo a la luz de las Escrituras. Citando el Salmo 110, declaró:

"Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies." (Salmo 110:1).

Pedro demuestra que David no hablaba de sí mismo, pues nunca ascendió al cielo. Más bien, anunciaba proféticamente la exaltación del Mesías. Por eso concluye:

"Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo." (Hechos 2:36).

La expresión "Señor y Cristo" no significa que Jesús comenzara a ser Dios en ese momento, pues el Hijo es eternamente Señor. Más bien, indica que el Padre manifestó públicamente al Cristo resucitado como el Rey mesiánico prometido y lo entronizó a su diestra para gobernar sobre todas las cosas. **Así, Pentecostés no anuncia el comienzo de un reino futuro, sino la proclamación del Rey que ya ha sido exaltado y que reina desde el cielo conforme a la promesa hecha a David.**

DANIEL 7 Y LA RECEPCIÓN DEL REINO

La entronización de Cristo también había sido anunciada siglos antes por el profeta Daniel:

"Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días... Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno." (Daniel 7:13 -14).

Con frecuencia este pasaje se interpreta como una descripción de la segunda venida de Cristo. Sin embargo, el texto no presenta al Hijo del Hombre descendiendo a la tierra, sino acercándose al Anciano de Días para recibir el Reino. La escena ocurre en el cielo y describe la investidura del Mesías después de completar su obra redentora. La ascensión de Cristo constituye el cumplimiento de esta visión profética. El Hijo recibe del Padre el dominio universal prometido y comienza a ejercer su gobierno sobre todas las naciones, un reino que jamás será destruido.

EL REINADO PRESENTE Y PROGRESIVO

La entronización de Cristo marca el inicio de un reinado activo. **Como enseña 1 Corintios 15:25-26, Cristo reina actualmente desde la diestra del Padre, sometiendo progresivamente a sus enemigos. Su Reino crece mediante la conversión de los pecadores y la expansión del evangelio hasta que todos los enemigos, incluido el último enemigo, la muerte, sean derrotados. Así, el Reino ya está presente, aunque todavía no visible en su plenitud.**

CRISTO REINA SOBRE TODA AUTORIDAD

El apóstol Pablo describe la magnitud del gobierno actual de Cristo con estas palabras:

"Y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos... la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies." (Efesios 1:19-22).

La entronización de Cristo no constituye un título honorífico sin ejercicio de autoridad. El Padre lo ha colocado por encima de todo principado, autoridad y poder. Nada escapa a su gobierno. Aunque todavía existen enemigos que permanecen en rebelión, todos ellos se encuentran bajo la soberanía del Rey exaltado. La Iglesia vive y proclama el evangelio con la certeza de que Cristo gobierna actualmente sobre la historia y dirige todas las cosas hacia la consumación de su Reino.

CONCLUSIÓN DEL CAPÍTULO

La cruz, la resurrección y la entronización constituyen la inauguración efectiva del Reino de Dios. Cristo ha comenzado a reinar, y su gobierno se manifiesta a través de la Iglesia y la proclamación del evangelio**. La etapa siguiente del Reino será su expansión progresiva entre las naciones, que estudiaremos en el próximo capítulo. Allí veremos cómo Cristo, desde su trono, continúa conquistando corazones y extendiendo su autoridad sobre toda la tierra mediante la predicación y la acción del Espíritu Santo.**

CAPÍTULO 4

LA EXPANSIÓN DEL REINO Y LA MISIÓN DE LA IGLESIA

Habiendo visto que Cristo ha sido entronizado y reina actualmente desde la diestra del Padre, corresponde ahora considerar cómo ese Reino se extiende en la historia mediante la proclamación del evangelio y la obra del Espíritu Santo. Con la ascensión y entronización de Cristo, el Reino de Dios pasa de ser una promesa a ser una realidad presente en la historia. Aunque la consumación plena todavía está por llegar, el reinado de Cristo ya se manifiesta a través de su Iglesia y la obra del Espíritu Santo.

LA GRAN COMISIÓN

Antes de ascender al cielo, Jesús entregó a sus discípulos una misión universal:

"Por tanto, id, y haced discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado"(Mateo 28:19-20 N.V.I)

Este mandato tiene varias implicaciones esenciales para comprender la expansión del Reino:

1. Universalidad: El Reino no se limita a Israel, sino que incluye a todas las naciones.

2. Progresividad: La extensión del Reino será gradual, a medida que los discípulos hacen discípulos.

3. Autoridad del Rey: La misión se fundamenta en que "toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra", asegurando que la obra de la Iglesia tiene respaldo divino.

LA IGLESIA COMO INSTRUMENTO DEL REINO

Los apóstoles y la Iglesia primitiva fueron los canales mediante los cuales Cristo extendió su Reino durante el primer siglo. **Hechos registra cómo el evangelio se propaga desde Jerusalén hacia Judea, Samaria y hasta los confines de la tierra (Hechos 1:8). Pablo enfatiza que el evangelio está destinado a los gentiles para que glorifiquen a Dios junto con Israel:**

"Porque así nos ha mandado el Señor, diciendo: Te he puesto para luz de los gentiles, a fin de que seas para salvación hasta lo último de la tierra" (Hechos 13:47).

El Reino crece mediante la conversión de los pecadores, el bautismo y la enseñanza de la Palabra, manifestando la autoridad del Rey y estableciendo comunidades de fe que reflejan su gobierno.

EXPANSIÓN DEL REINO EN LA HISTORIA

El Reino no avanza de manera uniforme ni exenta de oposición. Los creyentes experimentan conflictos, persecuciones y resistencia (2 Timoteo 3:12; Filipenses 1:29; 2 Tesalonicenses 1:4-

5), pero el poder del Reino es real y eficaz. **El crecimiento del Reino se refleja en la obediencia a Dios, la transformación de vidas y la extensión de la justicia, la paz y la misericordia de Cristo a través de los creyentes.**

Isaías 11 y Habacuc 2 anuncian que **"la tierra será llena del conocimiento de la gloria de Jehová" (Isaías 11:9; Habacuc 2:14)**, mostrando que la presencia de Dios se expandirá progresivamente entre las naciones a través de la proclamación del Evangelio.

CAPÍTULO 5

LAS PROFECÍAS DEL REINO (HABACUC, ISAÍAS Y LAS PARÁBOLAS).

En el capítulo 1, Habacuc se queja delante de Dios por causa de la violencia y la injusticia. Dios le revela que levantará a Babilonia como instrumento de juicio contra Judá (Habacuc 1:5-11). La preocupación del profeta era que la maldad parecía prevalecer y la justicia no se aplicaba correctamente, de modo que los impíos oprimían a los justos. Ante esta situación, Habacuc decide permanecer vigilante esperando una respuesta de Dios:

"Sobre mi guarda estaré, y sobre la fortaleza afirmaré el pie, y velaré para ver lo que se me dirá, y qué he de responder tocante a mi queja."(Habacuc 2:1)

Dios responde ordenándole que escriba la visión y le asegura que su cumplimiento es seguro:

"Aunque la visión tardará aún por un tiempo, mas se apresura hacia el fin, y no mentirá; aunque tardare, espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará."(Habacuc 2:3).

Luego Dios establece un contraste entre dos clases de personas:

"He aquí que aquel cuya alma no es recta, se enorgullece; mas el justo por su fe vivirá."(Habacuc 2:4).

En su contexto original, el orgulloso representa a Babilonia y a todos aquellos que confían en sí mismos, mientras que el justo es aquel que permanece fiel a Dios en medio de la crisis.

El Nuevo Testamento toma este principio y lo aplica a la justificación por la fe en Cristo:

"Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá."(Romanos 1:17)

"Y que por la ley ninguno se justifica para con Dios, es evidente, porque: El justo por la fe vivirá."(Gálatas 3:11).

Por tanto, el principio revelado a Habacuc encuentra su pleno desarrollo en el Evangelio.

Más adelante Dios describe la arrogancia de Babilonia:

"Y también, el que es dado al vino es traicionero, hombre soberbio, que no permanecerá; ensanchó como el Seol su alma, y es como la muerte, que no se saciará; antes reunió para sí todas las gentes, y juntó para sí todos los pueblos."(Habacuc 2:5).

La descripción encaja perfectamente con el imperio babilónico, que había conquistado numerosas naciones y nunca se saciaba de poder, gloria y riquezas. Por esta razón Dios pronuncia una serie de ayes contra Babilonia (Habacuc 2:6-20), anunciando su futura destrucción.

En medio de estos juicios encontramos una de las declaraciones más importantes del libro:

"Porque la tierra será llena del conocimiento de la gloria de Jehová, como las aguas cubren el mar."(Habacuc 2:14).

En su contexto inmediato, Dios está anunciando que los imperios humanos caerán mientras su gloria triunfará sobre toda la tierra. A la luz del Nuevo Testamento, vemos que este conocimiento de Dios comenzó a extenderse entre las naciones mediante la proclamación del Evangelio.

Pablo entendió su ministerio entre los gentiles como cumplimiento de las promesas proféticas:

"Porque así nos ha mandado el Señor, diciendo: Te he puesto para luz de los gentiles, A fin de que seas para salvación hasta lo último de la tierra".(Hechos 13:47)

Y también:

"Alabad al Señor todos los gentiles, y magnificadle todos los pueblos."(Romanos 15:11).

Sin embargo, la profecía alcanza su consumación final cuando toda la creación reconozca plenamente la gloria de Dios.

ISAÍAS 11 Y EL REINO DEL MESÍAS.

La declaración de Habacuc 2:14 encuentra un notable paralelo en Isaías 11:9:

"Porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar."

Isaías comienza anunciando la venida del Mesías:

"Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces."(Isaías 11:1).

El Nuevo Testamento identifica claramente a este descendiente de Isaí con Jesucristo.

Apocalipsis lo llama:

"El León de la tribu de Judá, la raíz de David."(Apocalipsis 5:5).

Y Cristo mismo declara:

"Yo soy la raíz y el linaje de David."(Apocalipsis 22:16).

Isaías continúa describiendo la plenitud del Espíritu sobre el Mesías:

"Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová..."(Isaías 11:2).

Esto se manifestó públicamente durante el bautismo de Jesús, donde el Espíritu de Dios descendió sobre el en forma de paloma:

"Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él."(Mateo 3:16).

Luego se nos dice que juzgará con perfecta justicia:

"No juzgará según la vista de sus ojos..."(Isaías 11:3).

Durante su ministerio terrenal Cristo demostró esta capacidad al denunciar la hipocresía de los líderes religiosos y discernir el verdadero estado espiritual de las personas (Mateo 23:27; Marcos 7:6).

Isaías añade:

"Juzgará con justicia a los pobres, y argüirá con equidad por los mansos de la tierra."(Isaías 11:4).

Esto armoniza con las bienaventuranzas proclamadas por Cristo:

"Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos."(Mateo 5:3).

"Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad."(Mateo 5:5).

Sin embargo, el mismo versículo también anuncia:

"Herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío."

Pablo aplica esta parte de la profecía a la segunda venida de Cristo:

"Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida."(2 Tesalonicenses 2:8).

Por tanto, Isaías 11:1-5 presenta aspectos tanto de la primera como de la segunda venida del Mesías.

LA PAZ PRODUCIDA POR EL REINO DEL MESÍAS

Después Isaías describe la paz del reino mesiánico mediante imágenes simbólicas:

"Morará el lobo con el cordero..."(Isaías 11:6).

"No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte..."(Isaías 11:9).

Estas figuras representan la transformación producida por el reinado del Mesías. La imagen principal es la reconciliación donde antes existía enemistad. El pasaje no identifica explícitamente a cada animal con un grupo específico, pero el Nuevo Testamento sí muestra una manifestación concreta de esta paz: la reconciliación entre judíos y gentiles.

La razón dada por Isaías para esta paz es:

"Porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar."(Isaías 11:9).

Inmediatamente después añade:

"Acontecerá en aquel tiempo que la raíz de Isaí, la cual estará puesta por pendón a los pueblos, será buscada por las gentes; y su habitación será gloriosa."(Isaías 11:10).

Pablo cita este versículo para explicar la inclusión de los gentiles en el pueblo de Dios:

"Estará la raíz de Isaí, y el que se levantará a regir los gentiles; los gentiles esperarán en él."(Romanos 15:12).

Por tanto, el Nuevo Testamento interpreta Isaías 11 como una profecía relacionada con la incorporación de las naciones al reino del Mesías.

Esto encuentra una explicación más amplia en Efesios 2:11-16.

Los gentiles estaban alejados de los pactos de la promesa, pero mediante la sangre de Cristo fueron acercados. Cristo derribó la pared de separación entre judíos y gentiles y creó de ambos pueblos un solo hombre nuevo. De esta manera, la paz anunciada por Isaías encuentra un cumplimiento real en la Iglesia, donde personas de toda nación son reconciliadas con Dios y entre sí por medio de Cristo.

CONCLUSIÓN

Habacuc 2 anuncia la caída de los imperios orgullosos y el triunfo definitivo de la gloria de Dios. Isaías 11 revela que ese triunfo vendrá por medio del Mesías descendiente de Isaí. El Nuevo Testamento identifica a Jesucristo como ese Mesías, quien en su primera venida trajo salvación, justicia y reconciliación entre judíos y gentiles, y quien en su segunda venida destruirá definitivamente a todos sus enemigos. Así, el conocimiento de la gloria de Dios ya se está extendiendo por toda la tierra mediante el Evangelio, y alcanzará su consumación plena cuando Cristo regrese y establezca definitivamente la justicia en la nueva creación.

LA COEXISTENCIA DE REINO Y OPOSICIÓN

El Reino ya está presente, pero la consumación aún no. Esto explica la coexistencia de bien y mal, trigo y cizaña:

Jesús comienza a describir la naturaleza del reino de Dios mediante la parábola del trigo y la cizaña en Evangelio según Mateo. Más adelante, el mismo Cristo interpreta los símbolos de la parábola:

-El sembrador es el Hijo del Hombre,

- el campo es el mundo,

-la buena semilla son los hijos del reino,

-la cizaña son los hijos del maligno,

-el enemigo es el diablo y la siega representa el fin del siglo (Mateo 13:36-43).

La parábola enseña que el reino de Dios ya ha sido inaugurado en la historia mediante la venida de Cristo, aunque todavía no ha alcanzado su consumación final. **Este es el patrón escatológico del "ya, pero todavía no": el reino está presente y actuando ahora, pero su manifestación gloriosa y perfecta pertenece aún al futuro.**

En la esfera visible e histórica del reino coexistirán verdaderos creyentes e incrédulos hasta el día del juicio. Sin embargo, esta coexistencia no implica neutralidad moral ni armonía entre ambos grupos, sino un conflicto espiritual continuo entre el reino de Dios y el reino de las tinieblas. Cristo enseña que el trigo y la cizaña crecerán juntamente hasta la siega final (Mateo 13:30); es decir, el mal continuará presente en esta era y no desaparecerá completamente antes de la segunda venida. Esto armoniza con el resto del Nuevo Testamento. Pablo afirma en La Segunda Epístola a Timoteo 3:12 que "todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución", mostrando que la oposición contra el pueblo de Dios continuará durante toda esta era. La Epístola a los Filipenses 1:29 enseña igualmente que a los creyentes les ha sido concedido no solamente creer en Cristo, sino también padecer por él. Asimismo, La Segunda Epístola a los Tesalonicenses 1:4-5 presenta las persecuciones y tribulaciones de la iglesia como parte de la experiencia normal de los creyentes mientras esperan la manifestación final del reino. De igual manera, La Primera Epístola de Pedro 4:16-17 exhorta a los creyentes a no avergonzarse de padecer como cristianos, sino a glorificar a Dios en medio del sufrimiento, afirmando además que "es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios". Pedro muestra así que la iglesia atraviesa pruebas y purificación en esta era presente mientras espera el juicio definitivo y la plena revelación del reino de Cristo. Por tanto, el Nuevo Testamento no describe una era histórica previa al regreso de Cristo donde el mal desaparezca completamente del mundo, sino una coexistencia continua entre el reino de Dios y la oposición del maligno hasta la consumación final. La separación definitiva entre justos e injustos ocurrirá únicamente al final del siglo, cuando el Hijo del Hombre envíe a sus ángeles para apartar a los malos de entre los justos y ejecutar el juicio final. Esta misma consumación aparece también en Evangelio según Mateo 25.31-46, donde Cristo viene en gloria acompañado de sus ángeles y separa a las naciones como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Allí los justos heredan el reino preparado desde la fundación del mundo, mientras los impíos son enviados al castigo eterno. De esta manera, Mateo conecta repetidamente la consumación del reino con el juicio final y la separación definitiva entre justos e injustos.

La parábola de la red (Mateo 13:47-50) reafirma esta misma verdad escatológica. Jesús compara el reino con una red echada al mar que recoge peces de toda clase; luego, al llegar a la orilla, los buenos son separados de los malos. Cristo explica que esto sucederá "al fin del siglo", cuando los ángeles apartarán a los malos de entre los justos. Al igual que en la parábola del trigo y la cizaña, el énfasis está en la coexistencia temporal entre justos e injustos dentro de la manifestación visible del reino hasta el juicio final. Así, ambas parábolas muestran que el reino ya está presente en la historia, pero todavía no ha llegado a su estado consumado y perfecto.

LA EXPANSIÓN Y AVANCE DEL REINO

Evangelio según Marcos añade otra parábola importante sobre el crecimiento del reino (Marcos 4:26-29). Jesús dice que el reino de Dios es como un hombre que echa semilla en la tierra; luego duerme y se levanta, y la semilla brota y crece "sin que él sepa cómo". El énfasis principal es que el crecimiento del reino depende finalmente del poder soberano de Dios y no de la capacidad humana. La tierra produce fruto progresivamente: primero hierba, luego espiga y después grano lleno en la espiga. De la misma manera, el reino crece gradualmente en la historia mediante la predicación del evangelio, la conversión de pecadores y la obra

transformadora del Espíritu Santo en los creyentes.

LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO

El Espíritu Santo es el agente que impulsa el crecimiento del Reino. Sin la obra del Espíritu, la Iglesia no podría cumplir su misión ni mantenerse fiel. Al haber escuchado la palabra de verdad , el Evangelio de salvación del Reino de Dios y habiendo creído en él, el creyente es sellado con el Espíritu Santo (Efesios 1:13), que es el adelanto de la herencia del creyente que adquirirá cuando el Reino sea consumado (Efesios 1:14-Mateo 25:31-34). Y el Espíritu Santo es quien convence al pecador de pecado y de juicio (Juan 16:8). Regenerando al creyente, para que justificado por la Gracia de Dios viniese a ser heredero conforme a la esperanza de la vida eterna (Tito 3:5-7). Y de esta manera el Espíritu intercede por el creyente según la voluntad de Dios, ayudándole en la debilidad, porque pedir como conviene, no sabemos pero el Espíritu intercede por nosotros con gemidos indecibles para pedir conforme a la voluntad de Dios (Romanos 8:26-27 -Mateo 6-10). De esta forma vemos el avance del reino a travez de la predicación del evangelio y la obra del Espíritu Santo en vidas regeneradas.

Los frutos del Reino

Los frutos del reino se manifiestan en vidas regeneradas que producen arrepentimiento, fe y obediencia a Dios (Gálatas 5:22-25). Finalmente, cuando el fruto está maduro, se mete la hoz porque la siega ha llegado. Esta imagen conecta con Mateo 13:39, donde la siega representa el fin del siglo. Así, la historia redentora avanza hacia el momento en que el propósito salvador de Dios alcance su plenitud y Cristo regrese para juzgar al mundo.

Luego Jesús compara el reino de Dios con un grano de mostaza (Mateo 13:31-32; Marcos 4:30-32; Lucas 13:18-19). El énfasis principal de la parábola es el contraste entre un comienzo aparentemente insignificante y un crecimiento extraordinario. Cristo comenzó su ministerio terrenal con un pequeño grupo de discípulos, pero el reino se expandió progresivamente hasta alcanzar a las naciones mediante la proclamación del evangelio. Este crecimiento universal del reino está estrechamente relacionado con la Gran Comisión del Evangelio según Mateo 28.18-20, donde el Cristo resucitado, poseedor de toda autoridad en el cielo y en la tierra, envía a sus discípulos a hacer discípulos de todas las naciones. Así, la expansión progresiva del reino ocurre históricamente mediante la predicación del evangelio, el discipulado y la obra continua del Espíritu Santo en el mundo. Lo que comenzó de manera pequeña llegó a extenderse por todo el mundo.

Mateo destaca que el grano de mostaza "cuando ha crecido" llega a hacerse árbol.

Esta imagen posee un trasfondo importante en el Antiguo Testamento. En Libro de Daniel y Libro de Ezequiel los grandes imperios son representados simbólicamente como árboles donde las aves encuentran refugio (Daniel 4.20-22 , Ezequiel 31.2-12). Más significativa aún es la conexión con Libro de Ezequiel 17.22-23, donde Dios promete tomar un renuevo y plantarlo en el monte alto de Israel; ese renuevo crecerá hasta convertirse en un cedro magnífico bajo el cual habitarán aves de toda especie.

En su contexto, la profecía apunta al establecimiento del reino mesiánico y a la restauración del pueblo de Dios. Por ello, cuando Jesús utiliza la imagen de un árbol grande donde las aves

hacen nidos en sus ramas, probablemente está evocando ese trasfondo profético para describir la expansión universal del reino mesiánico y la inclusión de las naciones bajo el gobierno de Cristo. Esta expansión hacia los gentiles se ve claramente en Hechos de los Apóstoles 13.47, donde Pablo aplica Isaías 49:6 a la misión cristiana diciendo:

"Te he puesto para luz de los gentiles, a fin de que seas para salvación hasta lo último de la tierra".

Asimismo, La Epístola a los Romanos 15.8-11 muestra que la inclusión de las naciones formaba parte del propósito redentor de Dios desde el principio, pues Cristo vino para confirmar las promesas hechas a los patriarcas y para que los gentiles glorificaran a Dios por su misericordia.

Así, el reino comienza pequeño, pero crece progresivamente hasta alcanzar una dimensión universal mediante la expansión del evangelio entre todas las naciones. No obstante, aunque el reino crece y el evangelio se expande por el mundo, el Nuevo Testamento mantiene la tensión entre crecimiento y oposición. El reino avanza realmente en la historia, pero todavía convive con la presencia del pecado, la incredulidad y la persecución. La victoria definitiva sobre el mal no ocurrirá gradualmente dentro de esta era, sino plenamente en la segunda venida de Cristo, cuando el reino sea consumado y Dios haga nuevas todas las cosas.

En conjunto, estas parábolas revelan una teología coherente del reino de Dios. El reino ya ha sido inaugurado por Cristo y actualmente opera en la historia mediante el evangelio y la obra del Espíritu Santo. La iglesia, como comunidad visible del reino, anuncia el evangelio y da testimonio del reinado de Cristo en medio del mundo, aunque no debe confundirse absolutamente con el reino en toda su plenitud. Durante esta era coexistirán creyentes verdaderos e incrédulos hasta el juicio final, en medio de un conflicto continuo entre la verdad y el error, entre el reino de Cristo y las fuerzas del maligno. Aunque el reino crece progresivamente y el evangelio alcanza a las naciones, la perfección absoluta no llegará hasta la segunda venida de Cristo, cuando los justos heredarán plenamente el reino consumado y los impíos serán finalmente juzgados. Entonces se cumplirá plenamente la esperanza escatológica descrita en Apocalipsis de Juan, donde Dios hará nuevas todas las cosas, morará con su pueblo y eliminará definitivamente la muerte, el pecado y el sufrimiento en la nueva creación.

CONCLUSIÓN DEL CAPÍTULO

La expansión del Reino de Dios comienza con la Iglesia y se realiza mediante el Espíritu Santo y la obediencia de los creyentes. Aunque la consumación completa del Reino se dará al final de los tiempos, Cristo ya gobierna, y su Reino avanza mediante la predicación, la enseñanza y la transformación de vidas.

En el próximo capítulo, estudiaremos el papel de Israel y la relación entre el Reino y el pueblo elegido, abordando Romanos 11 y la inclusión de los gentiles dentro del plan divino.

CAPÍTULO 6

ISRAEL Y EL REINO

El papel de Israel en la historia del Reino de Dios es crucial para comprender cómo se expande el reinado de Cristo y cómo los gentiles son incorporados al pueblo de Dios.

UNA ACLARACIÓN NECESARIA DESDE ROMANOS 9

Antes de estudiar Romanos 11, conviene recordar un principio establecido por Pablo al comienzo de esta sección de la epístola:

"Porque no todos los que descienden de Israel son israelitas" (Romanos 9:6).

Con estas palabras, el apóstol distingue entre la descendencia física de Abraham y aquellos que participan verdaderamente de las promesas de Dios por medio de la fe. Desde el inicio deja claro que la pertenencia al pueblo de Dios nunca ha dependido únicamente del linaje natural, sino del llamamiento soberano de Dios. Esta afirmación prepara el camino para comprender Romanos 11. Cuando Pablo habla del remanente escogido por gracia, del endurecimiento parcial de Israel y del injerto de los gentiles, desarrolla precisamente este principio: la salvación siempre ha sido por gracia mediante la fe, tanto para judíos como para gentiles.

EXÉGESIS DE ROMANOS 11

ROMANOS 11:1: "¿HA DESECHADO DIOS A ISRAEL?"

"Digo, pues: ¿Ha desechado Dios a su pueblo? En ninguna manera. Porque también yo soy israelita, de la descendencia de Abraham, de la tribu de Benjamín."

Pablo responde a la pregunta de si Dios ha rechazado definitivamente a Israel. **Su respuesta es un rotundo no. Como evidencia presenta su propio caso: él es israelita, descendiente de Abraham y de la tribu de Benjamín, y ha sido salvado por la gracia de Dios. Su conversión demuestra que Dios no ha abandonado completamente a Israel.**

ROMANOS 11:2-5: "EL REMANENTE ESCOGIDO POR GRACIA".

No ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció. ¿O no sabéis qué dice de Elías la Escritura, cómo invoca a Dios contra Israel, diciendo: Señor, a tus profetas han dado muerte, y tus altares han derribado; y sólo yo he quedado, y procuran matarme? Pero ¿qué le dice la divina respuesta? Me he reservado siete mil hombres, que no han doblado la rodilla delante de Baal. Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia.

Pablo reafirma que Dios no ha rechazado a Israel, a quien conoció de antemano. Para demostrarlo utiliza el ejemplo de Elías. Cuando el profeta pensó que era el único fiel que quedaba, Dios le respondió que había preservado siete mil hombres que no habían doblado

sus rodillas ante Baal. De la misma manera, en los días de Pablo existía un remanente escogido por gracia. Aunque la mayoría de Israel había rechazado al Mesías, Dios seguía preservando un pueblo para sí dentro de la nación.

ROMANOS 11:7-10 LOS ESCOGIDOS DE DIOS

"¿Qué pues? Lo que buscaba Israel, no lo ha alcanzado; pero los escogidos sí lo han alcanzado, y los demás fueron endurecidos."

Israel, como nación, buscaba la justicia, pero no la alcanzó porque la buscó por las obras y no por la fe. Sin embargo, los escogidos sí recibieron la gracia de Dios mediante la fe en Cristo. Los demás fueron endurecidos, tal como había sido anunciado en las Escrituras. Pablo cita Deuteronomio 29:4 e Isaías 29:10 para mostrar que Dios les dio espíritu de estupor, ojos para no ver y oídos para no oír.

Luego cita las palabras de David en el Salmo 69:22-23:

"Sea vuelto su convite en trampa y en red, en tropezadero y en retribución; sean oscurecidos sus ojos para que no vean."

Este Salmo mesiánico demuestra que el rechazo del Ungido de Dios y el endurecimiento de quienes persisten en la incredulidad ya habían sido anunciados en las Escrituras. Por tanto, la incredulidad de gran parte de Israel no significa que la Palabra de Dios haya fallado.

ROMANOS 11:11-15: LA RECONCILIACIÓN DEL MUNDO

"Digo, pues: ¿Han tropezado los de Israel para que cayesen? En ninguna manera; pero por su transgresión vino la salvación a los gentiles, para provocarles a celos. Y si su transgresión es la riqueza del mundo, y su defección la riqueza de los gentiles, ¿cuánto más su plena restauración? Porque a vosotros hablo, gentiles. Por cuanto yo soy apóstol a los gentiles, honro mi ministerio, por si en alguna manera pueda provocar a celos a los de mi sangre, y hacer salvos a algunos de ellos. Porque si su exclusión es la reconciliación del mundo, ¿qué será su admisión, sino vida de entre los muertos?"

Pablo enseña que el tropiezo de Israel no fue definitivo. Dios utilizó su rechazo del Mesías para llevar el evangelio a las naciones. La salvación de los gentiles tiene además el propósito de provocar celos santos en Israel para que algunos judíos crean en Cristo. Pablo destaca su ministerio entre los gentiles porque espera que, al ver la obra de Dios entre las naciones, algunos de sus compatriotas sean llevados al arrepentimiento y a la fe. Además, afirma que si la transgresión de Israel produjo riqueza espiritual para el mundo, su restauración traerá una bendición aún mayor. Cuando pregunta: "¿qué será su admisión sino vida de entre los muertos?", probablemente está describiendo una extraordinaria bendición espiritual asociada a la futura conversión de Israel.

ROMANOS 11:16-18: INCORPORACIÓN DE LOS GENTILES AL REINO DE DIOS.

"Si las primicias son santas, también lo es la masa restante; y si la raíz es santa, también lo son las ramas. Pues si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú, siendo olivo silvestre,

has sido injertado en lugar de ellas, y has sido hecho participante de la raíz y de la rica savia del olivo, no te jactes contra las ramas; y si te jactas, sabe que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti."

Probablemente las primicias y la raíz representan a los patriarcas —Abraham, Isaac y Jacob— junto con las promesas pactales que Dios les hizo. Si la raíz es santa, también las ramas participan de esa santidad pactal.

Algunas ramas naturales fueron desgajadas debido a su incredulidad. En su lugar fueron injertados los gentiles, representados por el olivo silvestre.

Por medio de la fe en Cristo, los gentiles han llegado a participar de las promesas dadas a Israel, tal como enseñan Efesios 2:12-19 y Gálatas 3:26-29. Por esta razón, los creyentes gentiles no deben jactarse contra las ramas naturales, pues no sustentan la raíz, sino que la raíz los sustenta a ellos.

ROMANOS 11:19-24 BONDAD Y SEVERIDAD DE DIOS

"Pues las ramas, dirás, fueron desgajadas para que yo fuese injertado. Bien; por su incredulidad fueron desgajadas, pero tú por la fe estás en pie. No te ensoberbezcas, sino teme. Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, a ti tampoco te perdonará. Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios; la severidad ciertamente para con los que cayeron, pero la bondad para contigo, si permaneces en esa bondad; pues de otra manera tú también serás cortado. Y aun ellos, si no permanecieren en incredulidad, serán injertados, pues poderoso es Dios para volverlos a injertar. Porque si tú fuiste cortado del que por naturaleza es olivo silvestre, y contra naturaleza fuiste injertado en el buen olivo, ¿cuánto más éstos, que son las ramas naturales, serán injertados en su propio olivo?"

Pablo enfatiza que el desgajamiento ocurrió por incredulidad y el injerto por la fe. La inclusión en el pueblo de Dios no depende de la descendencia física sino de la unión con Cristo mediante la fe. Por ello advierte a los gentiles que no se ensoberbezcan, sino que teman a Dios, porque si Dios no perdonó a las ramas naturales incrédulas, tampoco perdonará a quienes abandonen la fe. La severidad de Dios se manifestó sobre aquellos que permanecieron en incredulidad, mientras que su bondad se manifestó hacia quienes creyeron.

Pablo también afirma que los judíos pueden ser nuevamente injertados si abandonan su incredulidad, porque Dios tiene poder para volverlos a injertar. Si los gentiles, que por naturaleza eran olivo silvestre, fueron injertados contra naturaleza en el buen olivo, mucho más los judíos, que son las ramas naturales, podrán ser injertados nuevamente.

ROMANOS 11:25-27: "TODO ISRAEL SERÁ SALVO"

"Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sion el Libertador, Que apartará de Jacob la impiedad. Y este será mi pacto con ellos, Cuando yo quite sus pecados".

Pablo revela un misterio: el endurecimiento de Israel es parcial y temporal.

Durante esta era Dios está reuniendo a la plenitud de los gentiles mediante la predicación del evangelio. Cuando ese propósito alcance su cumplimiento, "todo Israel será salvo".

Entendemos que Pablo se refiere aquí a una futura conversión masiva de la nación judía antes de la segunda venida de Cristo. Algunos intérpretes entienden que la expresión "todo Israel" se refiere a la Iglesia, compuesta por judíos y gentiles creyentes. Sin embargo, el contexto inmediato favorece otra interpretación. A lo largo de Romanos 11, Pablo emplea repetidamente el término "Israel" para referirse al pueblo judío en contraste con los gentiles (Romanos 11:7, 11, 12, 15, 25). No existe ninguna indicación en el versículo 26 de que el significado cambie repentinamente para referirse a la Iglesia. Por ello, resulta más natural entender que "todo Israel" alude al pueblo judío considerado como un conjunto nacional, sin implicar que cada individuo será salvo. Pablo anuncia una futura conversión amplia de Israel, producida por la gracia de Dios mediante la fe en Jesucristo, una vez que haya entrado la plenitud de los gentiles.

Pablo cita Isaías 59:20 y Jeremías 31:33-34 para mostrar que el Libertador prometido quitará la impiedad de Jacob y traerá el perdón de los pecados mediante el Nuevo Pacto.

ROMANOS 11:28-32: MISERICORDIA DE TODOS.

"Así que en cuanto al evangelio, son enemigos por causa de vosotros; pero en cuanto a la elección, son amados por causa de los padres. Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios. Pues como vosotros también en otro tiempo erais desobedientes a Dios, pero ahora habéis alcanzado misericordia por la desobediencia de ellos, así también éstos ahora han sido desobedientes, para que por la misericordia concedida a vosotros, ellos también alcancen misericordia. Porque Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos."

Aunque gran parte de Israel permanece en incredulidad respecto al evangelio, siguen siendo amados por causa de los patriarcas y de las promesas que Dios les hizo. Esto no significa que sean salvos aparte de Cristo, sino que Dios permanece fiel a las promesas realizadas a Abraham, Isaac y Jacob. Por eso Pablo declara que los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables. Así como los gentiles antes eran desobedientes pero alcanzaron misericordia, también Dios usará esa misma misericordia para traer a muchos judíos a la fe.

La conclusión de Pablo es que tanto judíos como gentiles son igualmente pecadores y necesitan la misma gracia salvadora. Nadie es salvo por privilegios étnicos, descendencia física o méritos personales. Toda la salvación descansa únicamente en la misericordia de Dios manifestada en Jesucristo.

ROMANOS 11:33-36: LA PROFUNDIDAD DE LAS RIQUEZAS DE LA SABIDURÍA Y DE LA CIENCIA DE DIOS.

"¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado? Porque

de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén."

Después de contemplar el plan redentor de Dios para judíos y gentiles, Pablo concluye con una doxología de adoración. El apóstol reconoce que los caminos de Dios son más altos que el entendimiento humano y que su sabiduría gobierna soberanamente la historia de la redención. Nadie ha sido consejero de Dios ni puede colocarlo en deuda con el hombre. La sección termina exaltando la gloria de Dios como el fin último de todas las cosas:

"Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén."

Así, Romanos 11 concluye no con especulaciones acerca del futuro, sino con adoración al Dios soberano que ha mostrado misericordia tanto a judíos como a gentiles conforme a su propósito eterno.

SÍNTESIS TEOLÓGICA

Romanos 11 revela la fidelidad de Dios a sus promesas y su propósito soberano de salvación para judíos y gentiles. A lo largo del capítulo, Pablo enseña que Dios no ha rechazado a Israel, sino que ha preservado un remanente escogido por gracia, mientras utiliza el endurecimiento parcial de la nación para llevar el evangelio a las naciones. **La imagen del olivo muestra que existe un solo pueblo de Dios**. Los judíos creyentes permanecen en el olivo por la fe, mientras que los gentiles son injertados en ese mismo olivo por medio de la fe en Cristo. La inclusión en el pueblo de Dios no depende de la descendencia física sino de la unión con el Mesías.

Pablo también enseña que el endurecimiento de Israel es parcial y temporal. Después de la entrada de la plenitud de los gentiles, Dios traerá una futura conversión significativa de la nación judía, cumpliendo así las promesas realizadas a los patriarcas. Sin embargo, esta salvación ocurrirá únicamente mediante la fe en Jesucristo y no por un camino distinto al evangelio. Esta enseñanza armoniza con 1 Corintios 15:23-28. Allí Pablo declara que Cristo resucitó de entre los muertos y que actualmente reina hasta poner a todos sus enemigos debajo de sus pies. Durante este período de reinado, el evangelio continúa avanzando entre las naciones y Dios sigue llamando tanto a judíos como a gentiles a la salvación. La futura conversión de Israel descrita en Romanos 11 debe entenderse dentro de este reinado presente de Cristo. No se presenta como el establecimiento de un reino diferente ni como un nuevo método de salvación, sino como una manifestación adicional de la gracia del Rey exaltado que continúa reuniendo para sí a todos sus escogidos. Finalmente, el plan redentor culminará cuando Cristo destruya al último enemigo, la muerte, y entregue el Reino al Padre. Entonces la obra salvadora habrá alcanzado su consumación plena. Por tanto, Romanos 11 y 1 Corintios 15 presentan una misma esperanza desde perspectivas complementarias: Cristo reina actualmente desde la diestra de Dios, está reuniendo a su pueblo de entre judíos y gentiles, cumplirá plenamente sus promesas y consumará su Reino en su gloriosa segunda venida. A la luz de estas verdades, la respuesta apropiada es la misma de Pablo al final de Romanos 11: adoración, humildad y confianza en la sabiduría soberana de Dios, de quien, por quien y para quien son todas las cosas.

CONCLUSIÓN DEL CAPÍTULO

El estudio de Romanos 11 revela que el Reino de Dios se manifiesta de manera inclusiva y

progresiva:

- Israel conserva un remanente escogido.

- Los gentiles son injertados en la raíz del pacto.

- La expansión del Reino se realiza mediante la fe y la obediencia.

- La consumación futura incluirá la restauración completa de Israel y la derrota final de todos los enemigos.

Este capítulo demuestra que la Iglesia y la participación de Israel forman un solo plan redentor, orquestado por el Rey que gobierna desde la diestra del Padre. En el siguiente capítulo abordaremos “El Reino consumado y la Segunda Venida”, mostrando cómo el reinado de Cristo alcanzará su plenitud en el juicio final y la creación renovada.

CAPÍTULO 7

EL REINO CONSUMADO Y LA SEGUNDA VENIDA

Hasta este momento hemos visto cómo Cristo inauguró su Reino mediante su ministerio, cruz, resurrección y ascensión; cómo la Iglesia participa en la expansión de ese Reino; y cómo Israel y los gentiles forman parte del plan redentor. Ahora, nos acercamos a la consumación definitiva del Reino, cuando Cristo regrese y su soberanía se manifieste plenamente.

LA SEGUNDA VENIDA DE CRISTO

Jesús prometió que volvería para establecer completamente su Reino:

"Entonces se manifestará el Hijo del Hombre en su gloria, y todos los santos ángeles con él, y se sentará en su trono glorioso" (Mateo 25:31).

La Segunda Venida marca el punto culminante de la historia de la redención:

- Cristo juzgará a todos los pueblos.

- Se hará justicia perfecta.

- Los enemigos de Dios serán derrotados de manera definitiva.

"y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartarálos unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo."(Mateo 25:32-34).

Y así mismo:

"Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles."(Mateo 25:41).

Y también el apóstol Pablo reafirma esta verdad:

"y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder"(2 Tesalonicenses 1:7-9).

A diferencia de su primera venida, donde su reinado se manifestó de manera espiritual y progresiva, su segunda venida traerá el Reino consumado, visible y absoluto.

EL JUICIO FINAL Y LA DERROTA DE LA MUERTE

En 1 Corintios 15:24-26 el apóstol Pablo declara que Cristo entregará el Reino al Padre

después de su victoria final:

"Luego el fin, cuando entregue el reino a Dios Padre, después de haber destruido todo principado, autoridad y poder. Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte."

Esta victoria final confirma que la historia culmina con la completa subordinación de toda autoridad bajo Cristo. La muerte, la injusticia y el pecado serán eliminados, y la creación quedará plenamente restaurada.

LA NUEVA JERUSALÉN Y LA CREACIÓN RENOVADA

Apocalipsis 21 y 22 describen la consumación definitiva del Reino:

- Una ciudad santa, la Nueva Jerusalén, desciende del cielo.

- Dios mismo habita con su pueblo.

- Las naciones caminan a la luz del Cordero.

- La muerte, el dolor, la injusticia y el pecado desaparecen completamente.

Isaías 60 anticipa este escenario: la tierra será llena del conocimiento de la gloria de Jehová, y todas las naciones adorarán al Rey.

EXÉGESIS DE ISAÍAS 60:1-12

En el contexto histórico del pasaje, Israel había sido destruido por Babilonia y una parte importante del pueblo había sido llevada cautiva al exilio (Ezequiel 36:24; Jeremías 52:11-28; 2 Reyes 25:8-11; 2 Crónicas 36:17-21). Además, en el contexto inmediato de Isaías 60, el profeta viene anunciando el perdón de Dios para su pueblo y una futura restauración que tendría un cumplimiento histórico inicial en el retorno del exilio bajo los decretos de Ciro y la reconstrucción de Jerusalén relatada en Esdras y Nehemías (Esdras 1:1-4).

"Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz, y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti. Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra, y oscuridad las naciones; mas sobre ti amanecerá Jehová, y sobre ti será vista su gloria. Y andarán las naciones a tu luz, y los reyes al resplandor de tu nacimiento" (Isaías 60:1-3).

Isaías llama a Sion a levantarse y resplandecer porque la luz de Dios ha venido sobre ella. Mientras las tinieblas cubren a las naciones, la gloria de Jehová se manifiesta sobre su pueblo. **Este lenguaje encuentra su cumplimiento más pleno en la venida de Cristo. Isaias mismo había anunciado esa luz en él Mesías (Isaías 42.6). También Juan identifica a Cristo como la luz verdadera que vino al mundo y que resplandece en medio de las tinieblas (Juan 1:4-5, 9). Antes de Cristo, las naciones caminaban en ignorancia y alejadas del conocimiento del Dios verdadero, pero en la encarnación Dios mismo vino a habitar entre los hombres. Y el piadoso Simeón inspirado por el Espíritu Santo declara que Cristo es Luz para revelación a los gentiles, y gloria de su pueblo Israel. (Lucas 2:32).**

Isaías anuncia que la gloria de Dios sería vista en Jerusalén. Esto comienza a cumplirse en el ministerio terrenal de Cristo y se manifiesta de manera especial en la iglesia primitiva. Esteban contempló la gloria de Dios y a Cristo exaltado a la diestra del Padre (Hechos 7:55), y en Pentecostés la presencia gloriosa de Dios fue derramada sobre la iglesia en Jerusalén (Hechos 2:1-12).

Asimismo, Isaías declara que las naciones caminarán a la luz de Sion.

Esto ya había sido anunciado por el propio Isaías para cumplimiento en el Mesías:

"Yo Jehová te he llamado en justicia, y te sostendré por la mano; te guardaré y te pondré por pacto al pueblo, por luz de las naciones" (Isaías 42:6).

Esto encuentra cumplimiento en la obra redentora de Cristo, quien afirmó que atraería a todos hacia sí mediante su muerte y resurrección (Juan 12:32-33). Desde Jerusalén el evangelio salió hacia todas las naciones conforme al mandato de Cristo (Mateo 28:18-20; Lucas 24:47; Hechos 1:8).

En Isaías 60:4-9 el profeta describe a los pueblos reuniéndose alrededor de Sion, trayendo ofrendas y esperando en el Señor:

"Alza tus ojos alrededor y mira; todos éstos se han juntado, vinieron a ti..."

Este lenguaje profético apunta más allá del regreso físico de los exiliados y encuentra su cumplimiento en la incorporación de los gentiles al pueblo de Dios por medio de la fe en Cristo. Pablo aplica esta esperanza profética a su ministerio entre las naciones (Hechos 13:47). Asimismo, cita los Salmos para demostrar que la inclusión de los gentiles siempre formó parte del propósito divino (Romanos 15:10-11). Los creyentes provenientes de todas las naciones son presentados por Pablo como una ofrenda agradable a Dios, santificada por el Espíritu Santo (Romanos 15:15-16). Estos ofrecen sus vidas como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios mediante su culto racional (Romanos 12:1). Además, Isaías declara que los pueblos esperarán en el Señor, y el Nuevo Testamento enseña que Cristo aparecerá por segunda vez para salvar plenamente a los que le esperan (Hebreos 9:28).

"Y extranjeros edificarán tus muros, y sus reyes te servirán; porque en mi ira te castigué, mas en mi buena voluntad tendré de ti misericordia" (Isaías 60:10).

Aquí aparece nuevamente el contexto histórico del pasaje. Dios había castigado a Israel mediante el exilio babilónico debido a su idolatría y rebelión. Sin embargo, ahora promete restaurarlo en su misericordia. El anuncio de que extranjeros edificarían sus muros encuentra un cumplimiento histórico inicial en los decretos favorables de reyes gentiles como Ciro y Artajerjes, quienes apoyaron la reconstrucción de Jerusalén (Esdras 1:2-4; Nehemías 2:4-8). No obstante, este cumplimiento histórico no agota la profecía, pues Isaías continúa describiendo una gloria mucho mayor y universal que alcanza su plenitud en el reino mesiánico de Cristo.

Luego Isaías añade:

"Tus puertas estarán de continuo abiertas; no se cerrarán de día ni de noche, para que a ti sean traídas las riquezas de las naciones, y conducidos a ti sus reyes. Porque la nación o el reino que no te sirviere perecerá, y del todo será asolado" (Isaías 60:11-12).

La descripción de puertas siempre abiertas, naciones trayendo su gloria y reyes entrando en la ciudad encuentra un paralelo notable en la visión de la Nueva Jerusalén:

"La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera. Y las naciones que hubieren sido salvas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella. Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche" (Apocalipsis 21:23-25).

Juan utiliza claramente el lenguaje de Isaías 60 para describir la consumación final del reino de Dios. Allí Cristo es la luz eterna de su pueblo, pues el Cordero es la lumbrera de la ciudad (Apocalipsis 21:23; Juan 8:12; Juan 12:46).

Por tanto, Isaías 60 presenta un cumplimiento progresivo. Comienza con la restauración histórica de Jerusalén después del exilio, se amplía con la venida de Cristo y la incorporación de las naciones al pueblo de Dios, y alcanza su consumación final en la Nueva Jerusalén, donde las naciones redimidas caminarán eternamente a la luz del Cordero.

La advertencia de Isaías 60:12 también alcanza su cumplimiento definitivo en ese día final. Ningún reino que rechace el gobierno de Dios permanecerá, y solamente las naciones redimidas entrarán en la ciudad santa. Como afirma Apocalipsis 21:27, nada inmundo entrará en ella, sino únicamente aquellos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida del Cordero.

SÍNTESIS: LA CONSUMACIÓN DEL REINO

1. El reinado presente de Cristo avanza mediante la predicación y la Iglesia.

2. La Segunda Venida traerá el juicio final y la victoria definitiva sobre los enemigos.

3. El último enemigo, la muerte, será destruido.

4. La Nueva Jerusalén representará la consumación total del Reino, con Dios habitando con su pueblo eternamente.

5. La historia culmina en justicia, paz y adoración plena a Dios por todas las naciones.

CONCLUSIÓN DEL CAPÍTULO Y DEL LIBRO

El Reino de Dios, inaugurado por Cristo, crece actualmente mediante su Iglesia y será consumado en su regreso. Toda la Escritura apunta hacia esta realidad: desde Génesis hasta Apocalipsis, el propósito de Dios ha sido establecer un Reino eterno bajo su Hijo, reconciliando a su pueblo, sometiendo a sus enemigos y llenando la tierra de su gloria. Al final, cada promesa, cada profecía y cada exégesis converge en una verdad central: Cristo es el Rey, su Reino está presente y su consumación es segura. La historia de la redención es, en última instancia, la historia de un Rey que ha venido, que reina y que reinará para siempre.

CONCLUSIÓN GENERAL

Al recorrer el testimonio de las Escrituras hemos comprobado que el Reino de Dios no constituye un tema secundario ni una doctrina aislada, sino el hilo conductor de toda la historia de la redención. Desde la creación hasta la nueva creación, Dios ha revelado progresivamente su propósito de establecer su gobierno eterno por medio de su Hijo, para la gloria de su nombre y la salvación de su pueblo. El Antiguo Testamento sembró esta esperanza mediante promesas, pactos y profecías. La promesa del Redentor anunciada en Edén, el llamamiento de Abraham, el pacto con David y las profecías de Isaías, Daniel, Miqueas, Zacarías y los demás profetas dirigieron la mirada del pueblo de Dios hacia la venida de un Rey justo, eterno y universal. Sin embargo, aquellas promesas no podían comprenderse plenamente hasta la llegada del Mesías. Los Evangelios presentan a Jesucristo como el cumplimiento de esa esperanza. Él anunció que el tiempo se había cumplido y que el Reino de Dios se había acercado. Mediante su predicación, sus milagros, su autoridad sobre los demonios y el perdón de los pecados, manifestó que el Reino había irrumpido en la historia. En la cruz derrotó al pecado, a la muerte y a Satanás; por su resurrección venció definitivamente el sepulcro; y mediante su ascensión fue entronizado a la diestra del Padre, donde reina con toda autoridad sobre el cielo y la tierra. Desde entonces, el Reino continúa extendiéndose por medio de la proclamación del evangelio y la obra del Espíritu Santo. Cristo sigue reuniendo para sí un pueblo de toda tribu, lengua, pueblo y nación. La Iglesia no establece el Reino por su propio poder, sino que anuncia al Rey que ya reina y llama a todos los hombres al arrepentimiento y a la fe. Cada persona que es reconciliada con Dios por medio de Cristo es incorporada al Reino de su amado Hijo y participa de las bendiciones del nuevo pacto. No obstante, el Reino aún espera su manifestación gloriosa. Aunque Cristo reina actualmente, todavía existen enemigos que permanecen en rebelión. La creación continúa sufriendo las consecuencias del pecado, y la Iglesia vive entre persecuciones y tribulaciones mientras espera el regreso de su Señor. La esperanza cristiana no consiste en un progreso indefinido de la historia, sino en la promesa segura de que Jesucristo volverá en gloria para resucitar a los muertos, juzgar a vivos y muertos, destruir definitivamente todo mal y establecer los cielos nuevos y la tierra nueva, donde Dios habitará para siempre con su pueblo. Así, el Reino de Dios debe entenderse a la luz de la tensión que la propia Escritura presenta: ha sido inaugurado, está siendo extendido y será consumado. Esta realidad atraviesa toda la revelación bíblica y encuentra su perfecta unidad en la persona y la obra de Jesucristo. Él es la descendencia prometida, el Hijo de David, el Siervo del Señor, la Piedra Angular, el Hijo del Hombre anunciado por Daniel y el Cordero exaltado que recibe el dominio eterno. Todas las promesas de Dios encuentran en Él su cumplimiento. Si la tesis presentada en este libro es correcta, entonces el Reino de Dios no pertenece exclusivamente al pasado ni únicamente al futuro. El Rey ya ha sido coronado. Su trono está establecido en los cielos. Su evangelio continúa avanzando entre las naciones. Su Iglesia vive bajo su señorío. Y toda la historia avanza, no hacia la incertidumbre, sino hacia el día en que «los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos» (Apocalipsis 11:15). Que esta esperanza fortalezca la fe de la Iglesia, anime su misión, sostenga su perseverancia en medio de las pruebas y avive el anhelo por la gloriosa aparición de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo. Hasta ese día, la oración del pueblo de Dios seguirá siendo la misma que cierra las Escrituras:

"Amén; sí, ven, Señor Jesús"(Apocalipsis 22:20).

EPÍLOGO PASTORAL

VIVIENDO BAJO EL REINO DEL REY

Al llegar al final de este recorrido por las Escrituras, una pregunta permanece delante de nosotros: ¿cómo debe vivir quien ha comprendido la realidad del Reino de Dios?

Si Jesucristo ha sido verdaderamente exaltado a la diestra del Padre; si toda autoridad le ha sido dada en el cielo y en la tierra; si su Reino ya ha sido inaugurado y esperamos su manifestación gloriosa, entonces esta doctrina no puede quedar reducida a un simple ejercicio intelectual. La verdad del Reino debe transformar nuestra manera de vivir, de servir, de sufrir y de esperar. Vivir bajo el Reino de Cristo significa, ante todo, reconocer su señorío absoluto sobre cada área de nuestra vida. Él no es únicamente el Salvador que perdona nuestros pecados; es también el Rey que gobierna a su pueblo. Cada decisión, cada palabra y cada acción deben someterse a su voluntad revelada en las Escrituras. No existe verdadera fe donde Cristo no es reconocido como Señor. Vivir bajo el Reino también significa confiar en la soberanía del Rey. Nuestro mundo continúa marcado por el pecado, la injusticia, la enfermedad y la muerte. Con frecuencia vemos cómo la maldad parece prosperar y cómo la Iglesia enfrenta oposición y sufrimiento. Sin embargo, los creyentes no vivimos gobernados por el temor, sino por la certeza de que Cristo reina. Ningún acontecimiento escapa a su control. Ningún enemigo puede frustrar sus propósitos. Aun aquello que no comprendemos está bajo la autoridad de Aquel que hace todas las cosas conforme al designio de su voluntad. Esta esperanza también fortalece nuestra perseverancia. El Reino ya ha sido inaugurado, pero todavía no ha sido consumado. Vivimos en medio de una tensión permanente. Hemos sido trasladados al Reino del Hijo amado de Dios, pero aún esperamos la redención completa de nuestros cuerpos y la restauración de toda la creación. Mientras ese día llega, somos llamados a permanecer firmes en la fe, soportando las pruebas con paciencia y poniendo nuestra mirada en la herencia incorruptible que nos espera. Comprender el Reino transforma igualmente nuestra misión. La Iglesia no ha sido enviada para conquistar el mundo mediante el poder político, la fuerza militar o la influencia humana. Su misión consiste en anunciar el evangelio del Reino, hacer discípulos de todas las naciones y llamar a hombres y mujeres al arrepentimiento y a la fe en Jesucristo. Cada creyente es un embajador del Rey, enviado para proclamar que existe perdón, reconciliación y vida eterna para todos los que acuden a Cristo. Esta doctrina también alimenta nuestra adoración. El Rey que gobierna el universo es el mismo que llevó una corona de espinas, murió en una cruz por nuestros pecados y resucitó victorioso al tercer día. El trono sobre el cual reina hoy fue alcanzado mediante su obediencia perfecta y su sacrificio redentor. Por ello, nuestra respuesta no puede ser otra que la adoración, la gratitud y la entrega total de nuestras vidas. Finalmente, la doctrina del Reino dirige nuestra mirada hacia el futuro. La esperanza cristiana no descansa en los logros de esta era, sino en la promesa del regreso glorioso de Jesucristo. Esperamos el día en que toda rodilla se doblará delante de Él, toda lengua confesará que Él es el Señor, la muerte será destruida para siempre y Dios hará nuevas todas las cosas. Entonces el Reino que hoy contemplamos por la fe será visto con nuestros propios ojos, y habitaremos para siempre en la presencia del Rey. Hasta que llegue ese día, caminemos con fidelidad, proclamemos el evangelio con valentía, sirvamos a Cristo con humildad y vivamos con la esperanza puesta en su gloriosa aparición. Que el Espíritu Santo fortalezca a su Iglesia para permanecer firme en medio de un mundo que aún se rebela contra su Rey. Que cada página de este libro conduzca al lector a amar más profundamente a Jesucristo, a someterse

con mayor alegría a su señorío y a esperar con mayor anhelo el día en que el Reino será consumado en toda su gloria.

"Al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén." (Judas 24-25).

APÉNDICE I

EL PRINCIPIO DEL CUMPLIMIENTO EN CRISTO

Una de las preguntas más importantes al estudiar las profecías bíblicas es: ¿cómo sabemos cuándo una promesa del Antiguo Testamento ha sido cumplida?

La respuesta no depende de la imaginación del intérprete, sino del propio testimonio de las Escrituras. A lo largo del Nuevo Testamento observamos un principio constante: las promesas, figuras e instituciones del Antiguo Testamento encuentran su cumplimiento definitivo en la persona y la obra de Jesucristo. El mismo Señor enseñó este principio después de su resurrección. En el camino a Emaús explicó a sus discípulos lo que las Escrituras decían acerca de Él, comenzando desde Moisés y siguiendo por todos los Profetas (Lucas 24:27). Más tarde declaró que era necesario que se cumplieran todas las cosas escritas acerca de Él en la Ley de Moisés, los Profetas y los Salmos (Lucas 24:44-45). Estas palabras muestran que Cristo es la clave para comprender la unidad de toda la revelación. Los apóstoles interpretaron el Antiguo Testamento siguiendo este mismo modelo. Pedro afirmó que la exaltación de Cristo cumplía las promesas hechas a David (Hechos 2:29-36). Pablo enseñó que la descendencia prometida a Abraham era Cristo (Gálatas 3:16), que todos los creyentes son herederos de esa promesa por la fe (Gálatas 3:29) y que todas las promesas de Dios encuentran en Él su cumplimiento (2 Corintios 1:20). El autor de Hebreos mostró que el sacerdocio levítico, el tabernáculo y los sacrificios eran sombras que apuntaban a la obra perfecta del Hijo de Dios. Este principio también se observa en la manera en que el Nuevo Testamento presenta a Jesucristo como el verdadero templo (Juan 2:19-21), el Cordero de Dios (Juan 1:29), el Hijo de David (Mateo 1:1), el verdadero Israel (Mateo 2:15 en relación con Oseas 11:1) y el Rey prometido que recibe un dominio eterno (Hechos 2; Hebreos 1). Por esta razón, el cumplimiento de las promesas no debe buscarse al margen de Cristo, sino en Él. Toda interpretación que separe las promesas del Mesías corre el riesgo de perder de vista el propósito central de la revelación divina. **Este principio hermenéutico ha guiado todo el desarrollo de esta obra. Las promesas del Reino no son reinterpretadas por el Nuevo Testamento; son reveladas en su verdadero alcance. Lo que los profetas contemplaron anticipadamente se manifiesta plenamente en la persona, la muerte, la resurrección, la ascensión y el reinado de Jesucristo. En consecuencia, la pregunta decisiva al estudiar cualquier promesa del Reino no es simplemente "¿qué esperaba Israel?", sino también "¿cómo interpretaron Jesucristo y sus apóstoles esa promesa?". Allí encontramos la interpretación inspirada y definitiva de la Palabra de Dios.**

APÉNDICE II

ISRAEL Y LA IGLESIA EN EL PLAN REDENTOR DE DIOS

Uno de los temas más debatidos dentro de la escatología cristiana es la relación entre Israel y la Iglesia. ¿Constituyen dos pueblos distintos con propósitos diferentes? ¿O forman parte de un único plan redentor cuyo centro es Jesucristo? La respuesta a estas preguntas influye profundamente en la interpretación de las promesas del Reino de Dios**. Este libro ha sostenido que toda la historia de la redención alcanza su unidad y su cumplimiento en Cristo. En consecuencia, la relación entre Israel y la Iglesia debe entenderse a la luz de su persona y de su obra.**

ISRAEL COMO PUEBLO DEL PACTO

Dios escogió a Israel entre todas las naciones para revelar su voluntad, establecer sus pactos y preparar la venida del Mesías **(Deuteronomio 7:6-8; Romanos 9:4-5).** A este pueblo fueron confiadas la Ley, el culto, las promesas y los profetas. Sin embargo, la elección de Israel nunca tuvo un fin meramente nacional. **Desde el llamamiento de Abraham, el propósito divino incluía la bendición de todas las familias de la tierra (Génesis 12:3). Por ello, Israel desempeñó un papel histórico y redentor dentro del plan de Dios: preservar la promesa hasta la llegada del Cristo prometido.**

CRISTO, EL VERDADERO CUMPLIMIENTO DE LAS PROMESAS

El Nuevo Testamento presenta a Jesucristo como el cumplimiento de las promesas hechas a los patriarcas. Él es la descendencia prometida a Abraham (Gálatas 3:16), el Hijo de David cuyo Reino no tendrá fin (Lucas 1:32-33) y el verdadero Israel que cumple perfectamente la misión que la nación había recibido (Mateo 2:15). Todas las promesas de Dios encuentran en Cristo su cumplimiento (2 Corintios 1:20). Por ello, las bendiciones del pacto no se reciben por descendencia étnica, sino por la unión con el Mesías mediante la fe.

UN SOLO PUEBLO DE DIOS

La venida de Cristo no produjo dos pueblos redimidos con esperanzas diferentes. **Al contrario, por medio de su muerte derribó la pared de separación entre judíos y gentiles, creando de ambos un solo y nuevo hombre (Efesios 2:11-22). El apóstol Pablo enseña que los creyentes gentiles han sido injertados en el mismo olivo del pueblo de Dios (Romanos 11:17-24),** mientras que los judíos incrédulos fueron desgajados a causa de su incredulidad. La participación en el pueblo del pacto depende de la fe en Cristo y no del origen étnico.

Asimismo, Pablo afirma:

"Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa" (Gálatas 3:29).

Esta declaración resume uno de los principios fundamentales del Nuevo Testamento: la pertenencia al pueblo de Dios está determinada por la unión con Cristo.

LA CONTINUIDAD DEL PUEBLO DE DIOS

La Iglesia no reemplaza a Israel como si Dios hubiera abandonado sus promesas. Más bien, la Iglesia representa la continuidad del único pueblo redimido por Dios, formado por todos los creyentes de todas las épocas. Los santos del Antiguo Testamento fueron salvos por la misma gracia que los creyentes del Nuevo Testamento: mirando, por la fe, a las promesas de Dios-(Hebreos 11), cumplidas finalmente en Jesucristo. Del mismo modo, los creyentes actuales participan de las mismas promesas porque están unidos al mismo Salvador. Así, el pueblo de Dios no se define por la genealogía, sino por la fe.

ROMANOS 11 Y LA ESPERANZA PARA ISRAEL

Romanos 11 constituye uno de los pasajes más importantes sobre este tema. Allí Pablo afirma que Dios no ha desechado a su pueblo y expresa la esperanza de una futura incorporación de muchos judíos mediante la fe en Jesucristo. Sin embargo, esa restauración no ocurre al margen del evangelio ni establece un camino distinto de salvación. Los judíos, al igual que los gentiles, son llamados a creer en Cristo para ser injertados nuevamente en el mismo olivo**. La esperanza de Israel consiste en el mismo Mesías y en el mismo pacto de gracia.**

EL REINO PERTENECE A CRISTO

El Reino prometido a Israel encuentra su cumplimiento en el Rey prometido. Jesús es el Hijo de David entronizado a la diestra del Padre, y todos los que pertenecen a Él participan de su Reino. La identidad del pueblo de Dios ya no se define por fronteras nacionales, sino por la ciudadanía celestial que reciben todos los creyentes. Por ello, la misión de la Iglesia consiste en anunciar el evangelio tanto a judíos como a gentiles, llamándolos al arrepentimiento y a la fe en el único Salvador. No existen dos evangelios, dos pueblos redimidos ni dos esperanzas finales. Hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo y un solo pueblo adquirido por Dios para anunciar las virtudes de Aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable.

CONCLUSIÓN

La relación entre Israel y la Iglesia solo puede comprenderse correctamente cuando se contempla a la luz de Jesucristo. Él es el cumplimiento de las promesas, el mediador del nuevo pacto y la cabeza del único pueblo de Dios. En Él convergen todas las promesas divinas, y por medio de Él judíos y gentiles son reconciliados con Dios y entre sí. Lejos de disminuir la fidelidad de Dios, esta realidad la exalta, pues demuestra que ninguna de sus promesas ha fallado. Todas han alcanzado su cumplimiento en Cristo, y todos los que creen en Él participan de la herencia eterna del Reino preparado desde la fundación del mundo.

APÉNDICE III

EL REINO DE DIOS Y EL MILENIO DE APOCALIPSIS 20

El capítulo 20 de Apocalipsis ha sido uno de los pasajes más debatidos de toda la Escritura. A partir de él han surgido diversas interpretaciones acerca del milenio y del orden de los acontecimientos finales. Sin embargo, antes de preguntarnos qué significa el "milenio", debemos responder una pregunta más fundamental: **¿cómo debe interpretarse Apocalipsis?**

Este libro ha sostenido que toda doctrina debe edificarse sobre el conjunto de la revelación bíblica y que los pasajes más difíciles deben interpretarse a la luz de aquellos cuya enseñanza es clara y repetida. Bajo ese principio abordaremos el estudio de Apocalipsis 20.

EL MILENIO Y LOS ÚLTIMOS TIEMPOS

Una pregunta importante es:

¿En qué momento de la historia se desarrolla el milenio de Apocalipsis 20?

La respuesta debe buscarse en el testimonio del resto del Nuevo Testamento.

Los apóstoles enseñan de manera consistente que la primera venida de Jesucristo inauguró los últimos tiempos. Pedro afirma que Cristo fue "ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros" (1 Pedro 1:20). La venida del Mesías no marcó el comienzo de una etapa intermedia antes de los últimos días, sino la inauguración misma de la etapa final de la historia de la redención.

El autor de Hebreos declara igualmente que Dios "en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo" (Hebreos 1:1-2), y más adelante afirma que Cristo "se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado" en la consumación de los siglos (Hebreos 9:26). Estas expresiones muestran que, con la obra redentora de Cristo, la historia entró en su fase definitiva.

El apóstol Juan también escribe: "**Hijitos, ya es el último tiempo" (1 Juan 2:18), mientras que Pablo enseña que "a nosotros han alcanzado los fines de los siglos" (1 Corintios 10:11). Todos estos textos coinciden en una misma verdad: la Iglesia vive desde la primera venida de Cristo en la última etapa del plan redentor de Dios.**

Esta enseñanza armoniza con la comprensión del milenio como la era presente del reinado de Cristo. Si vivimos en los últimos tiempos desde la encarnación, muerte, resurrección y exaltación del Señor, resulta natural entender que el Reino mesiánico ya ha sido inaugurado y que el período descrito simbólicamente como los "mil años" corresponde a esta era comprendida entre la primera y la segunda venida de Cristo.

El número "mil" no pretende señalar una duración cronológica exacta, sino expresar un período completo determinado por Dios. Así como otros números en Apocalipsis poseen un claro valor simbólico, también los "mil años" representan el tiempo fijado por el Señor para el reinado presente de Cristo, durante el cual Satanás está restringido, el evangelio es proclamado entre las naciones y la Iglesia espera la manifestación gloriosa del Reino en la

segunda venida del Rey. De este modo, el milenio no debe entenderse como una era futura separada de los últimos tiempos, sino como la descripción simbólica de los últimos tiempos mismos: el período inaugurado por Cristo y que culminará con su regreso glorioso, cuando ocurra la resurrección general, el juicio final y la renovación de todas las cosas.

EL CARÁCTER SIMBÓLICO DE APOCALIPSIS

El libro de Apocalipsis fue recibido por el apóstol Juan mientras estaba "en el Espíritu" (Apocalipsis 1:10; 4:2; 17:3; 21:10). Esta expresión no describe una experiencia aislada, sino el modo en que Dios acostumbraba revelar su voluntad a los profetas.

Cuando María y Aarón cuestionaron la autoridad de Moisés, Dios declaró:

"Cuando haya entre vosotros profeta de Jehová, le apareceré en visión, en sueños hablaré con él. No así con mi siervo Moisés..." (Números 12:6-8).

Con estas palabras, el Señor estableció un principio importante:

Normalmente la revelación profética era comunicada mediante visiones y sueños cargados de imágenes y figuras, mientras que con Moisés habló de una manera excepcionalmente directa.

Los profetas del Antiguo Testamento confirman este patrón. **Daniel contempló cuatro bestias que representaban reinos (Daniel 7), un carnero y un macho cabrío que simbolizaban imperios (Daniel 8), y diversas visiones acerca del reino del Mesías. Ezequiel vio un valle de huesos secos, un templo glorioso y un río que daba vida, todos ellos comunicados mediante lenguaje simbólico. Zacarías recibió visiones de caballos, candelabros, rollos volantes y carros, cuyo significado le era explicado por un ángel. Juan recibe el Apocalipsis dentro de esta misma tradición profética. Por ello, no debemos sorprendernos al encontrar dragones, bestias, cuernos, estrellas, lámparas, números y otros símbolos. El propósito del lenguaje apocalíptico no es ocultar la verdad, sino revelarla mediante imágenes que representan realidades espirituales. En consecuencia, el número "mil años" debe estudiarse considerando el carácter simbólico del libro y no suponiendo automáticamente que describe un período cronológico literal.**

LA ESTRUCTURA RECAPITULATIVA DEL APOCALIPSIS

A lo largo de este libro hemos visto que Apocalipsis presenta la historia de la redención mediante una serie de ciclos que vuelven una y otra vez sobre el mismo período desde perspectivas diferentes. Los siete sellos, las siete trompetas y las siete copas concluyen repetidamente con escenas del juicio final. Esto indica que Juan no sigue siempre una secuencia cronológica estricta, sino que recapitula la historia para destacar distintos aspectos del triunfo de Cristo. Desde esta perspectiva, Apocalipsis 20 no describe necesariamente acontecimientos posteriores al capítulo 19, sino una nueva visión del mismo período comprendido entre la primera y la segunda venida de Cristo, enfocándose especialmente en la derrota de Satanás y el reinado del Mesías.

EL ENCARCELAMIENTO DE SATANÁS

Juan contempla a un ángel que ata a Satanás para que no engañe más a las naciones. Esta imagen encuentra su explicación en el ministerio de Jesucristo. **Cuando expulsó demonios, declaró que primero era necesario atar al hombre fuerte para saquear su casa (Mateo 12:28-29).** También anunció:

"Ahora el príncipe de este mundo será echado fuera"(Juan 12:31).

Y dijo a sus discípulos:

"Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo" (Lucas 10:18).

La obra de Cristo culminó en la cruz, donde destruyó por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo (Hebreos 2:14). Además, Dios nos libró del dominio de las tinieblas y nos trasladó al Reino de su amado Hijo (Colosenses 1:13), y en la cruz despojó a los principados y potestades, triunfando sobre ellos (Colosenses 2:15). Por tanto, **el encarcelamiento de Satanás no significa que haya dejado de actuar por completo, pues el Nuevo Testamento sigue advirtiendo sobre su actividad-(2 Corintios 4:3-4; 1 Pedro 5:8) Significa que su poder para mantener a las naciones en ignorancia ha sido restringido por la victoria de Cristo. Gracias a ello, el evangelio avanza entre todos los pueblos, cumpliéndose la misión confiada por el Señor a su Iglesia.**

EL REINADO DE LOS MIL AÑOS

Apocalipsis 20 presenta a los creyentes reinando con Cristo. Esta verdad armoniza con la enseñanza apostólica. Cristo fue exaltado a la diestra del Padre y recibió toda autoridad en el cielo y en la tierra. Los creyentes, unidos a Él, participan ya de ese Reino. Pablo afirma que Dios "nos resucitó juntamente con Cristo, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús" (Efesios 2:6). Asimismo, el apóstol expresa su deseo de "partir y estar con Cristo" (Filipenses 1:23), mostrando que los creyentes que mueren no permanecen inconscientes, sino que disfrutan de la comunión con su Señor mientras esperan la resurrección del cuerpo. El reinado de los mil años representa, por tanto, la era presente inaugurada por la primera venida de Cristo, durante la cual Él reina desde el cielo y su pueblo participa espiritualmente de ese Reino.

LA PRIMERA RESURRECCIÓN

La expresión "primera resurrección" debe interpretarse a la luz del resto del Nuevo Testamento. Antes de conocer a Cristo, todos estábamos muertos en nuestros delitos y pecados. Sin embargo, Dios nos dio vida juntamente con Cristo y nos resucitó con Él (Efesios 2:1-6).

Y Jesús mismo declaró:

"El que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna... ha pasado de muerte a vida" (Juan 5:24).»

Y añadió:

"La hora viene, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren

vivirán" (Juan 5:25).

Estas palabras describen una resurrección espiritual presente, mediante la cual el pecador recibe nueva vida por la fe en Cristo. Esta obra del Espíritu constituye el comienzo de la vida del Reino.

UNA SOLA RESURRECCIÓN CORPORAL AL FINAL DE LA HISTORIA

Aunque existe una resurrección espiritual presente, la Escritura enseña de manera uniforme una única resurrección corporal al regreso de Cristo.

Daniel anunció:

"Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados; unos para vida eterna y otros para vergüenza y confusión perpetua" (Daniel 12:2).

Jesús confirmó esta misma enseñanza:

"Vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno saldrán a resurrección de vida, mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación" (Juan 5:28-29).

Pablo también afirmó que habrá "resurrección de justos e injustos" (Hechos 24:15). En ninguno de estos pasajes aparece una separación de mil años entre ambas resurrecciones. Todos presentan un único acto soberano de Dios al final de la historia.

¿POR QUÉ APOCALIPSIS 20 NO DEBE CONTROLAR TODA LA ESCATOLOGÍA?

Apocalipsis 20 es el único pasaje de toda la Biblia que menciona explícitamente un período de "mil años". En cambio, numerosos textos enseñan de manera clara y reiterada una sola segunda venida de Cristo, una sola resurrección general y un solo juicio final. Por ello, el principio de la analogía de la fe nos lleva a interpretar este pasaje de forma armoniosa con el resto de las Escrituras. Un texto simbólico no debe emplearse para modificar la enseñanza clara y repetida de pasajes didácticos, sino que debe ser entendido a la luz de ellos. Así, el milenio de Apocalipsis 20 no introduce una nueva etapa en la historia de la redención, sino que presenta bajo un lenguaje simbólico la realidad del Reino inaugurado por Cristo y la esperanza de su consumación gloriosa.

CONCLUSIÓN

Leído a la luz del conjunto de la revelación bíblica, Apocalipsis 20 proclama el triunfo del Señor Jesucristo. El Rey ya ha vencido a Satanás, reina desde la diestra del Padre, sostiene a su Iglesia en medio de la historia y volverá gloriosamente para resucitar a todos los muertos, juzgar al mundo y establecer los cielos nuevos y la tierra nueva. La esperanza del creyente no descansa en un reino terrenal limitado por el tiempo, sino en el Reino eterno del Cordero, cuya victoria comenzó en la cruz y será manifestada plenamente cuando Él regrese en gloria.

APÉNDICE IV

EL USO DEL ANTIGUO TESTAMENTO EN EL NUEVO TESTAMENTO

Uno de los principios fundamentales de este libro ha sido que el Nuevo Testamento constituye la interpretación inspirada del Antiguo Testamento. **Esta afirmación no disminuye la autoridad de las Escrituras antiguas; por el contrario, reconoce que la revelación de Dios es progresiva y alcanza su plenitud en la persona y la obra de Jesucristo. Con frecuencia, las diferencias entre las diversas posiciones escatológicas no surgen únicamente de la interpretación de determinados pasajes proféticos, sino de la manera en que se entiende la relación entre ambos Testamentos**. **Por ello, antes de concluir esta obra, resulta necesario considerar cómo Jesús y los apóstoles utilizaron las Escrituras del Antiguo Testamento.**

CRISTO ES LA CLAVE PARA COMPRENDER TODA LA ESCRITURA

Jesús declaró:

"Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí. "(Juan 5:39).

Después de su resurrección, Jesús encontró a dos discípulos en el camino a Emaús. Ellos conocían las Escrituras, pero aún no comprendían que estas anunciaban al Mesías sufriente y glorificado.

Entonces el Señor:

"Comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de Él decían" (Lucas 24:27).»

Más adelante añadió:

"Era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos" (Lucas 24:44-45).

Estas palabras constituyen uno de los principios hermenéuticos más importantes de toda la Biblia. Jesucristo enseñó que toda la revelación del Antiguo Testamento encuentra su unidad y su cumplimiento en Él.

LOS APÓSTOLES SIGUIERON EL MISMO MÉTODO

El libro de los Hechos muestra que la predicación apostólica consistía en demostrar, mediante las Escrituras, que Jesús era el Cristo prometido. Pedro interpretó el Salmo 16 como una profecía de la resurrección de Cristo y el Salmo 110 como anuncio de su entronización a la diestra del Padre (Hechos 2:25-36). Esteban recorrió la historia de Israel para mostrar que todo el Antiguo Testamento conducía hacia Cristo (Hechos 7). Pablo, en cada ciudad, razonaba con los judíos "declarando y exponiendo por medio de las Escrituras que era necesario que el Cristo padeciese y resucitase de los muertos" (Hechos 17:2-3). El Nuevo Testamento, por tanto, no presenta interpretaciones independientes del Antiguo, **sino**

una lectura cristocéntrica de toda la historia de la redención.

EL CUMPLIMIENTO EN CRISTO

Los autores del Nuevo Testamento identifican en Cristo el cumplimiento de las principales instituciones y promesas del Antiguo Testamento.

Cristo es el verdadero Cordero pascual (Juan 1:29; 1 Corintios 5:7).

Es el verdadero templo donde habita la presencia de Dios (Juan 2:19-21).

Es el gran Sumo Sacerdote (Hebreos 4:14).

Es el sacrificio perfecto (Hebreos 10:10-14).

Es la descendencia prometida a Abraham (Gálatas 3:16).

Es el Hijo de David cuyo Reino permanece para siempre (Lucas 1:32-33).

Es el Hijo del Hombre anunciado por Daniel que recibe dominio eterno (Daniel 7:13-14; Mateo 26:64).

Todas estas interpretaciones proceden del propio Nuevo Testamento y muestran que las promesas encuentran su realidad definitiva en Jesucristo.

EL NUEVO TESTAMENTO INTERPRETA EL ANTIGUO, NO LO CONTRADICE

Algunos han afirmado que los apóstoles reinterpretaron las profecías del Antiguo Testamento. Sin embargo, resulta más apropiado afirmar que revelaron su significado pleno bajo la inspiración del Espíritu Santo. Los profetas contemplaron la obra futura del Mesías, aunque muchas veces no comprendieron todos sus detalles**. Pedro afirma que ellos investigaban acerca del tiempo y las circunstancias anunciadas por el Espíritu de Cristo que estaba en ellos (1 Pedro 1:10-12). La revelación posterior no modifica la anterior; la completa. Lo que estaba anunciado mediante sombras, figuras y promesas alcanza su cumplimiento en Cristo.**

LA UNIDAD DE LA HISTORIA DE LA REDENCIÓN

El uso que el Nuevo Testamento hace del Antiguo demuestra que la Biblia desarrolla un único plan de salvación. No existen dos caminos de redención ni dos pueblos con promesas incompatibles. Desde Génesis hasta Apocalipsis, Dios lleva adelante un solo propósito: glorificar a su Hijo reuniendo para Él un pueblo redimido de entre todas las naciones. Por ello, la interpretación de las promesas del Reino debe realizarse siempre dentro de esta unidad redentora.

IMPLICACIONES PARA LA INTERPRETACIÓN DEL REINO DE DIOS

Este principio tiene profundas consecuencias para el estudio del Reino. Las promesas hechas a Abraham encuentran su cumplimiento en Cristo. El Reino prometido a David se establece mediante la entronización del Hijo de David. La esperanza anunciada por los profetas comienza

a realizarse con la primera venida del Mesías. Las bendiciones prometidas a las naciones se cumplen mediante la predicación del evangelio. La consumación final llegará cuando el mismo Cristo regrese en gloria para juzgar al mundo y hacer nuevas todas las cosas. En consecuencia, la interpretación del Reino no debe construirse únicamente sobre las expectativas presentes en el Antiguo Testamento, sino sobre la explicación inspirada que el Nuevo Testamento ofrece de esas mismas promesas.

CONCLUSIÓN

El uso del Antiguo Testamento en el Nuevo Testamento nos enseña que la Biblia posee una extraordinaria unidad. Desde la primera promesa de redención hasta la visión de la Nueva Jerusalén, todas las Escrituras señalan hacia Jesucristo. Él es el cumplimiento de la Ley, los Profetas y los Salmos. Él es el centro de la historia de la redención. Él es el Rey del Reino anunciado desde antiguo. Por ello, toda interpretación fiel de las Escrituras debe seguir el mismo camino recorrido por Cristo y sus apóstoles: leer el Antiguo Testamento a la luz del cumplimiento perfecto que Dios ha realizado en su Hijo. **Solo así contemplaremos la armonía de la revelación divina y comprenderemos que todas las promesas de Dios encuentran en Jesucristo su "sí" y su "amén" (2 Corintios 1:20).**

APÉNDICE V

RESPUESTAS A LAS PRINCIPALES OBJECIONES

A lo largo de la historia de la Iglesia, la doctrina del Reino de Dios y la interpretación de las profecías bíblicas han dado lugar a distintas posturas. Los creyentes fieles han procurado comprender estas enseñanzas con reverencia hacia la Palabra de Dios. Por ello, las diferencias deben tratarse con humildad y amor cristiano. En este apéndice responderemos brevemente algunas de las objeciones más frecuentes a la interpretación presentada en esta obra.

OBJECIÓN 1: SI CRISTO YA REINA, ¿POR QUÉ TODAVÍA EXISTE TANTO MAL EN EL MUNDO?

Esta objeción parte de la idea de que el Reino de Dios solo puede existir si todo mal ha desaparecido. Sin embargo, el Nuevo Testamento enseña que el Reino fue inaugurado con la primera venida de Cristo, aunque su consumación espera su segunda venida. **Jesús comparó el Reino con una semilla de mostaza que crece progresivamente (Mateo 13:31-32) y enseñó, mediante la parábola del trigo y la cizaña, que justos e impíos coexistirán hasta el fin de la era (Mateo 13:24-30, 36-43). Pablo afirma que Cristo reina actualmente "hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies" (1 Corintios 15:25). Esto significa que su reinado presente incluye un proceso de sometimiento de sus enemigos que culminará en su regreso glorioso.**

OBJECIÓN 2: ¿NO PROMETIÓ DIOS UN REINO TERRENAL PARA ISRAEL?

Las promesas hechas a Israel encuentran su cumplimiento en Jesucristo, el verdadero Hijo de David y heredero de todas las promesas mesiánicas. **El Nuevo Testamento enseña que Cristo ocupa el trono prometido a David (Hechos 2:29-36) y que todos los que pertenecen a Cristo son herederos de la promesa hecha a Abraham (Gálatas 3:16, 29).** La esperanza del pueblo de Dios no culmina en un reino nacional limitado a una región del mundo, sino en los cielos nuevos y la tierra nueva, donde habitará la justicia.

OBJECIÓN 3: ¿QUÉ SIGNIFICA ENTONCES ROMANOS 11?

Romanos 11 enseña claramente que Dios no ha rechazado definitivamente al pueblo judío. El apóstol Pablo expresa la esperanza de una futura incorporación de muchos israelitas mediante la fe en Jesucristo. Sin embargo, esa restauración ocurre por el mismo evangelio y mediante el mismo olivo en el que también participan los creyentes gentiles. **El pasaje no presenta dos pueblos de Dios ni dos planes de salvación, sino un único pueblo unido por la fe en el Mesías.**

OBJECIÓN 4: ¿APOCALIPSIS 20 NO ENSEÑA UN REINO LITERAL DE MIL AÑOS?

Apocalipsis es un libro caracterizado por un abundante lenguaje simbólico. Además, el pasaje debe interpretarse dentro del conjunto de la Escritura. **Mientras Apocalipsis 20 menciona una sola vez los "mil años", numerosos textos enseñan claramente una única segunda venida de**

Cristo, una resurrección general de justos e injustos y un solo juicio final (Daniel 12:2; Juan 5:28-29; Hechos 24:15; 1 Corintios 15:22-28). Por ello, resulta más seguro interpretar el lenguaje simbólico de Apocalipsis a la luz de la enseñanza clara del resto de la Biblia.

OBJECIÓN 5: ¿NO SERÁ DEMASIADO ESPIRITUAL INTERPRETAR ASÍ LAS PROFECÍAS?

Esta objeción supone que interpretar una profecía a la luz de Cristo equivale a espiritualizarla. Sin embargo, el propio Nuevo Testamento identifica a Cristo como el cumplimiento del templo, del sacerdocio, de los sacrificios, del pacto davídico y de muchas otras promesas del Antiguo Testamento. No se trata de sustituir el significado original, sino de aceptar la interpretación inspirada dada por Cristo y los apóstoles.

OBJECIÓN 6: ¿QUÉ LUGAR OCUPA ISRAEL EN LA ACTUALIDAD?

Israel conserva un lugar importante dentro de la historia de la redención por haber sido el pueblo mediante el cual vino el Mesías. Además, el evangelio continúa siendo anunciado al pueblo judío con la esperanza de que muchos crean en Cristo, tal como enseña Romanos 11. Sin embargo, la identidad del pueblo de Dios ya no depende del origen étnico, sino de la unión con Cristo por la fe.

OBJECIÓN 7: ¿POR QUÉ EXISTEN TANTAS INTERPRETACIONES SOBRE LA ESCATOLOGÍA?

Las profecías contienen elementos complejos y, a lo largo de la historia, creyentes fieles han llegado a conclusiones diferentes sobre algunos aspectos de los acontecimientos finales. No obstante, todas las interpretaciones verdaderamente cristianas coinciden en las verdades fundamentales: Jesucristo volverá corporalmente, habrá resurrección de los muertos, juicio final y una nueva creación donde Dios habitará para siempre con su pueblo. Estas verdades constituyen el corazón de la esperanza cristiana.

REFLEXIÓN FINAL

Las diferencias escatológicas no deben conducir al orgullo ni a la división entre hermanos que confiesan al mismo Señor. Nuestro propósito al escribir este libro no ha sido alimentar controversias, sino animar a los creyentes a examinar las Escrituras con reverencia, siguiendo el ejemplo de los bereanos, quienes escudriñaban cada día las Escrituras para comprobar si las cosas eran así (Hechos 17:11).

Si este estudio conduce al lector a amar más profundamente a Jesucristo, a confiar plenamente en su reinado presente y a esperar con gozo su glorioso regreso, entonces habrá cumplido su propósito. Porque, por encima de cualquier debate escatológico, permanece una verdad inalterable: Jesucristo es el Rey prometido, reina ahora a la diestra del Padre y volverá en gloria para consumar definitivamente su Reino eterno.

APÉNDICE VI

DIÁLOGO CON LAS PRINCIPALES POSICIONES ESCATOLÓGICAS

A lo largo de la historia de la Iglesia, hombres piadosos y fieles a las Escrituras han sostenido diferentes interpretaciones acerca del Reino de Dios y de los acontecimientos finales. Estas diferencias no deben llevarnos a cuestionar la fe de quienes aman al Señor, sino a examinar con mayor diligencia el testimonio de las Escrituras. **El propósito de este apéndice no es desacreditar otras posiciones, sino interactuar con ellas a la luz de la Biblia, reconociendo sus aportes y explicando por qué este libro ha adoptado la interpretación presentada en sus páginas.**

EL PREMILENIALISMO HISTÓRICO

El premilenialismo histórico sostiene que Jesucristo regresará antes del milenio para establecer un reino visible sobre la tierra durante mil años, después del cual tendrá lugar el juicio final y el estado eterno.

APORTES

Esta postura enfatiza correctamente:

- La realidad del regreso visible y glorioso de Cristo.

- La resurrección corporal de los creyentes.

- La esperanza futura de la Iglesia.

- La derrota definitiva de Satanás.

CONSIDERACIONES

La principal dificultad que encontramos es que el Nuevo Testamento presenta repetidamente una sola segunda venida acompañada por la resurrección general y el juicio final (Juan 5:28-29; 1 Corintios 15:22-28; 2 Tesalonicenses 1:6-10), mientras que el premilenialismo requiere varios acontecimientos separados en el tiempo. Además, el Reino mesiánico aparece ya inaugurado mediante la exaltación de Cristo a la diestra del Padre (Hechos 2:29-36), lo que hace difícil sostener que su reinado davídico deba comenzar únicamente después de su regreso.

EL DISPENSACIONALISMO

El dispensacionalismo distingue de manera más marcada entre Israel y la Iglesia, afirmando que muchas promesas del Antiguo Testamento esperan todavía un cumplimiento nacional y territorial para Israel.

APORTES

Esta posición destaca:

- La fidelidad de Dios a sus promesas.

- La importancia del estudio literal del Antiguo Testamento.

- El valor permanente de las profecías bíblicas.

CONSIDERACIONES

Este libro entiende que el Nuevo Testamento interpreta esas promesas a la luz de Jesucristo. **Los apóstoles presentan a Cristo como la descendencia de Abraham, el Hijo de David y el cumplimiento de todas las promesas divinas (2 Corintios 1:20; Gálatas 3:16, 29). Asimismo, Efesios 2 y Romanos 11 describen un solo pueblo de Dios unido por la fe, más que dos pueblos con destinos redentores distintos.**

EL POSTMILENIALISMO

El postmilenialismo enseña que el evangelio transformará progresivamente el mundo hasta producir una era de paz y justicia antes del regreso de Cristo.

APORTES

Esta postura recuerda acertadamente:

- El poder transformador del evangelio.

- La autoridad universal de Cristo.

- La responsabilidad misionera de la Iglesia.

- La certeza de que Cristo reina actualmente.

CONSIDERACIONES

Aunque compartimos la realidad del reinado presente de Cristo, **observamos que el Nuevo Testamento también anuncia que el mal, la apostasía y la persecución acompañarán a la Iglesia hasta el fin de la era (Mateo 13:24-30; 2 Timoteo 3:1-5; 2 Pedro 3:3-4). Las parábolas del Reino muestran el crecimiento del evangelio, pero también la permanencia del trigo y la cizaña hasta la cosecha final.**

EL AMILENIALISMO

La interpretación defendida en este libro entiende que el milenio representa simbólicamente el período comprendido entre la primera y la segunda venida de Cristo. Cristo reina actualmente desde la diestra del Padre; Satanás ha sido restringido para que el evangelio alcance a las

naciones; los creyentes participan espiritualmente del Reino; y la consumación tendrá lugar cuando Cristo regrese para resucitar a todos los muertos, juzgar al mundo y establecer los cielos nuevos y la tierra nueva. Esta conclusión no surge únicamente de Apocalipsis 20, sino del conjunto del testimonio bíblico, especialmente de la forma en que el Nuevo Testamento interpreta las promesas del Antiguo.

REFLEXIÓN FINAL

Más allá de nuestras diferencias escatológicas, todos los creyentes confesamos una misma esperanza: Jesucristo volverá corporalmente, vencerá definitivamente al mal, resucitará a los muertos, juzgará al mundo y establecerá su Reino eterno. Por ello, nuestro deseo no es ganar una discusión, sino comprender con mayor fidelidad la Palabra de Dios. Que cada lector examine estas páginas a la luz de las Escrituras, siguiendo el ejemplo de los bereanos, y que, cualquiera que sea su conclusión sobre los detalles de la escatología, permanezca firme en la esperanza bienaventurada: la gloriosa manifestación de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo (Tito 2:13)

BIBLIOGRAFÍA.

TEOLOGÍA BÍBLICA

Beale, G. K. A New Testament Biblical Theology: The Unfolding of the Old Testament in the New. Baker Academic, 2011.

Beale, G. K. The Temple and the Church's Mission. InterVarsity Press, 2004.

Goldsworthy, Graeme. According to Plan. InterVarsity Press.

Goldsworthy, Graeme. Gospel and Kingdom. Paternoster Press.

Vos, Geerhardus. Biblical Theology: Old and New Testaments. Banner of Truth.

REINO DE DIOS Y ESCATOLOGÍA

Hoekema, Anthony A. The Bible and the Future. Eerdmans.

Ladd, George Eldon. The Gospel of the Kingdom. Eerdmans.

Riddlebarger, Kim. A Case for Amillennialism. Baker Books.

Storms, Sam. Kingdom Come. Christian Focus.

Venema, Cornelis P. The Promise of the Future. Banner of Truth.

HERMENÉUTICA BÍBLICA

Fee, Gordon D., y Stuart, Douglas. How to Read the Bible for All Its Worth. Zondervan.

Kaiser, Walter C., Jr. Toward an Exegetical Theology. Baker Academic.

Osborne, Grant R. The Hermeneutical Spiral. InterVarsity Press.

Teología Sistemática

Bavinck, Herman. Dogmática Reformada.

Berkhof, Louis. Teología Sistemática.

Horton, Michael. The Christian Faith.

Comentarios y Estudios Bíblicos

Beale, G. K. The Book of Revelation. New International Greek Testament Commentary.

Beale, G. K., y Carson, D. A. (eds.). Commentary on the New Testament Use of the Old Testament.

Calvin, Juan. Comentario a los Salmos.

Calvin, Juan. Comentario a Daniel.

Calvin, Juan. Comentario a los Evangelios Sinópticos.

Obras Históricas y Confesionales

Agustín de Hipona. La Ciudad de Dios.

Confesión Bautista de Londres de 1689.

Catecismo Bautista de 1693.

Confesión de Fe de Westminster (1647).

SAGRADAS ESCRITURAS

Biblia Reina-Valera 1960 (RVR1960)

Biblia de Estudio RVR60 (referencia general)

Biblia Nueva Versión Internacional(N.V.I)

Biblia de las Américas (LBLA)

English Standard Version (ESV)

SOBRE EL AUTOR

El autor de esta obra es un estudiante apasionado de las Sagradas Escrituras, comprometido con el estudio sistemático de la Palabra de Dios y con el propósito de exponer fielmente el mensaje bíblico. Convencido de que la Biblia constituye la máxima autoridad en materia de fe y práctica, ha procurado desarrollar esta obra siguiendo el principio de que la Escritura interpreta la Escritura. Su interés principal es mostrar cómo el Reino de Dios se revela progresivamente a lo largo de toda la historia de la redención y encuentra su cumplimiento en la persona y la obra de Jesucristo. Más que promover un sistema teológico por sí mismo, el propósito del autor es invitar al lector a examinar las Escrituras con diligencia, permitiendo que el testimonio inspirado de los profetas, de Cristo y de los apóstoles sea el fundamento de sus convicciones. **Esta obra nace del estudio personal de la Biblia, del deseo de servir a la Iglesia de Cristo y de contribuir a una comprensión más profunda del Reino de Dios, para la gloria de Dios y la edificación de su pueblo.**

"A Él sea la gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las generaciones, por los siglos de los siglos. Amén." (Efesios 3:21).